

PALÍNDROMO III

LA MORADA DE LOS OSADOS

Publicado por:

Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2017, **Carlos Felipe Martell**

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Joan Adell i Lavé

Portada

María Alejandra Domínguez

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Impresión

QP Print

Revisión

Carlos Felipe Martell

Primera edición: Febrero de 2017

Depósito Legal: DL: B 3785-2017

ISBN: 978-84-16942-20-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Carlos Felipe Martell

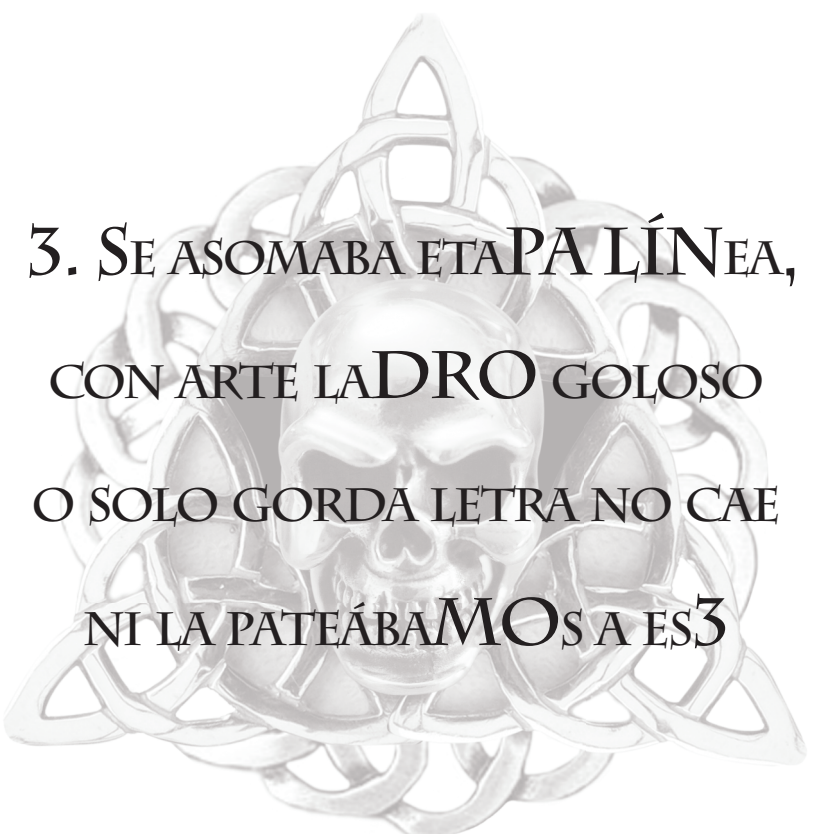
PALÍNDROMO III

La Morada de los Osados



Nova Casa Editorial

A Carmen



3. SE ASOMABA ETAPA LÍNEA,
CON ARTE LADRO GOLOSO
O SOLO GORDA LETRA NO CAE
NI LA PATEÁBAMOS A ES3

No oses si no entiendes



ÍNDICE

DILAPIDE; CEDÍ, PALIDECÍ DNI

Nara, m I rad, reí; ¿May avara? ¡Vaya mierda rimaran!	11
Mal s I I dolatra pasos, apártalo, di islam	31
Oí cerco ch II , I cho creció	93
Yo saco la d IV a, la vida loca soy	167
Raro lle V ó, no ve llorar	239
Yo VI su silueta mate; Uli, Susi, voy	307
Amarré cercana, VI Ivana crecer rama	363



NARA, mIRAD, REÍ; ¿MAY AVARA? ¡VAYA MIERDA RIMARAN!

Centro Cultural de Adeje, sur de Tenerife.

Noviembre 2013

La videoconferencia que comunicaba las aulas de La Laguna y Adeje iba como la seda. El sistema había sido ideado y parido para hacer más grande a la Universidad de La Laguna. Eso era cierto, por lo menos, en extensión geográfica. Los noventa kilómetros de separación entre ambos municipios así lo atestiguaban.

De pie, junto a la pizarra digital del aula “Noelia Afonso”, el profesor dirigió una intencionada mirada a la enorme pantalla que recogía y proyectaba a su alumnado de la ciudad de La Laguna. Mauricio sonrió al verlos. Era una promoción de fábula, capaz de desconcertar besándote el alma. Hacía apenas dos días que él había cumplido cincuenta y siete años, y, para celebrarlo, los jóvenes de La Laguna, aquellos a los que hoy veía a distancia, lo habían sorprendido cuando entró para dar su clase. Una escalofriante lluvia de globos de colores le dio la bienvenida al aula E.3.1, durante el turno de mañana, mientras que una tarta de bizcocho adornada con diez puñeteras velas inextinguibles lo esperaba en la E.2.3, junto a los chicos del turno de tarde. Hoy era viernes. Era posible que jamás volviese a ver aquellos rostros, pues presentía que su final estaba muy cerca. Por primera vez, un miedo atroz se encaramó por el delgado cuerpo del profesor.

Tratando de fingir al miedo, mientras los jóvenes resolvían un ejercicio, Mauricio decidió desplazar sus pensamientos y aterrizarlos un par de meses antes, en el recinto universitario de la Escuela de Empresariales y Turismo en La Laguna. En aquellos estresantes días, a principios de curso, nadie podía llegar a imaginar que, a estas alturas, el uso del novedoso método de clases a distancia, por videoconferencia, deslizase al profesorado a través de un aterciopelado y esponjoso sendero exento de conflictos técnicos y didácticos. ¡Cualquiera lo diría!

Parecía cosa de magia que, tras el atropellado e intensivo curso de aprendizaje recibido (impartido a última hora, con las aulas aún no preparadas), los heroicos docentes del Grado en Turismo estuvieran siendo capaces de superar y aplastar los, hasta ahora, casi inexistentes problemas de intendencia: fallo o corte en la señal, expiración de baterías en los mandos a distancia, problemas de sonido, desajuste entre el lápiz y la pizarra digital...

—Profesor... ¿Qué significa medir la representatividad? —preguntó una alumna desde La Laguna, haciendo que todo el grupo de Adeje se sobresaltase y levantase los ojos de sus ordenadores para posarlos en la inmensa pantalla receptora de imagen.

Mauricio, tras responderle, echó un furtivo vistazo al terrorífico aparato maldito, aquel al que ningún profesor se atrevía a mirar directamente por miedo a que le retase: la mesa de sonido. La mesa era como la amenaza de un cáncer; estaba ahí, en letargo, y mejor era no tocarla ni olerla para evitar que se reactivase. Durante el curso de formación, Mauricio y los demás apenas habían aprendido cuatro cosas sobre la mesa de sonido. Él solo había retenido que se trataba de una matriz de entradas y salidas, donde uno de los controles tenía que estar siempre a cero para evitar ruidos, interferencias y acoples entre los dos canales unidireccionales opuestos. También recordaba que todos los controles estaban perfectamente etiquetados, aunque nadie entendía ni

quería entender esas etiquetas, quizá por miedo a aventurarse en su manipulación. Había que ser muy osado para ponerse a jugar con la sobrecogedora mesa. Y si alguien lo hacía, jodería al resto de profesores que impartiesen su clase a continuación.

—¿Dónde está Roger? —preguntó a la clase.

—Hoy no ha venido.

La noticia lo descompuso aún más. Para burlar su propio miedo, Mauricio sacó de su cartera la pequeña libreta donde conservaba las indescifrables anotaciones crípticas que, a toda prisa, había tomado durante el curso de videoconferencia. Ligeramente divertido, leyó algunos de aquellos tortuosos jeroglíficos.

“Lápiz igual ratón. Tiene botón dcho que es el clic dcho del ratón”. “Lápiz normal, fluorescente, segunda vez goma”. “Como ratón con colorines; abre una barra”. “Ratón modo escritorio. Lápiz modo anotación. Modo pizarra, todo en blanco”. “Aunque hay dos pizarras, solo hay un ordenador”. “Mesa de sonido: NO TOCAR (¡Qué rollo!)”. “Micro de solapa. Micro de mano para alumnos. Altavoces. Tfno (por si hay problemas)”. “Aparatejo de videoconferencia: tiene un solo botón (power)”. “Botón verde suena, naranja mute; dejarlo apretado, se apaga”. “El micrófono ambiental es ideal”. “Visualizar en pantalla plana, input, AV3 es videoconferencia; RGB es ordenador. Visualizar en pizarra: con otro mando (uno de los blancos). Botón computer en vez de input”. “Solo una cámara está monitorizada: la que está sobre la pantalla del PC. En ppio usaré la auxiliar (mando azul)”.

Le parecía milagroso lo rápido que se habían adaptado a la multitudinaria chatarrería de mandos, micrófonos, cámaras, pizarras y unidades básicas. Observó a Margarita. La joven lo miraba y le sonreía, quizá para testificar que ya había terminado de resolver la tarea en un tiempo récord. Mauricio pensaba que Margarita no necesitaba exhibir sus capacidades, pues estas eran evidentes. Para ser perfecta solo le sobraba ese pequeño punto

de vanidad. Era la alumna más brillante de todo el grupo, incluida la gente de La Laguna. Además, la jovencita rebosaba hermosura e irradiaba juventud por los cuatro costados, todo ello escrito en la generosa sonrisa con que solía obsequiar a los demás. ¡Cómo envidiaba Mauricio esas cualidades! Sí; Margarita tenía toda una vida por delante.

Cuando el teléfono móvil del profesor sonó dentro de su cartera, apenas fue percibido por los alumnos de las primeras filas, pues el fuerte cuero mitigaba bastante el discreto tono de las llamadas entrantes.

—Margarita... ¿Puedes... ir resolviendo el ejercicio en la pizarra?

Ella, orgullosa, se levantó y fue a por el lápiz digital. Mauricio salió del aula con la cartera y no extrajo el teléfono hasta cerrar la puerta.

—¿Diga?

—Hola, Mauricio. Soy Tomás.

—¡Tomás! ¡Cuánto tiempo sin oírte! ¿Estás en Tenerife?

Tomás y él habían sido amigos y vecinos desde niños. Habían crecido juntos en el mismo barrio, en el municipio grancanario de Tejeda. Allí había nacido el profesor. Por lo que Mauricio tenía entendido, Tomás seguía viviendo en el pueblo, donde había conseguido trabajo en una sucursal bancaria.

—No, te llamo desde Tejeda. Verás, se trata de que, en las fiestas navideñas, vamos a reunirnos todos los compañeros del colegio. ¿Te imaginas? Pili “la gorda”, Samuel, Juanito Méndez... ¡Creo que hasta Michel va a venir desde Londres! ¡Joder, han pasado más de cuarenta años! Tienes que confirmarme que vendrás. Va a ser el día...

—Lo siento, Tomás. Yo... no creo que pueda. Ya... te llamaré si me organizo. ¿Cómo están tus hijos? ¿Y tu mujer?

—Ellos están bien. Escucha, tienes que avisarme antes del diez de diciembre, Mauri. Nos reuniremos en...

—Ya te llamaré, amigo. Ahora tengo que colgar. Estoy... Estoy trabajando.

Una lágrima involuntaria recorrió la mejilla derecha del profesor, descendiendo hasta su boca para salarle la lengua. No, jamás volvería a ver al amigo de la infancia. El tiempo corría en su contra y ahora no podía detenerlo. Era demasiado tarde para él.

Antes de disolverse en el aula, la mente de Mauricio volvió a viajar en el tiempo. Pero, esta vez, la regresión lo transportó muchos años atrás. Volvió a la noche de la profecía, en 1980, cuando comenzó todo.

PALÍNDROMO:

Adeje-Tejeda



Macizo de Anaga, noreste de Tenerife.

3 de marzo de 1980

A pesar de estar en pleno invierno, la climatología había sido generosa durante toda la jornada, pero la temperatura se iba volviendo más antipática a medida que avanzaba la noche. Los siete individuos, seis hombres y una mujer, formaban un perfecto corro circular en torno a Sam Giner. Solo él, su líder, portaba una cálida túnica de paño suave estampada con diversos motivos esotéricos, la cual, únicamente, dejaba al descubierto unos pulcros mocasines impropios en aquel terreno pedregoso. A su alrededor, los miembros del grupo vestían de riguroso luto, contrastando fuertemente sus camufladas figuras con el escandaloso brillo irradiado por la blanca túnica de trazas doradas que cubría a Sam Giner.

—Reunidos a tres de marzo de 1980 —expresó Sam, con los brazos apuntando al cielo— solicitamos recibir la misma fortaleza, osadía e inteligencia que los hermanos que nos precedieron en las sucesivas invocaciones pautadas a lo largo de los últimos siglos.

En el círculo, el policía se revolvió para detener el escalofrío que pretendía atraparlo. Miró a la mujer mulata y descubrió que sus ojos habían entrado en trance, igual que el resto de su cuerpo. A su izquierda, el profesor le apretó la mano para que se concentrara en la ceremonia. La mano que lo agarraba por el otro lado, la de su gran amigo, emitía una extraña energía abrasadora que conseguía equilibrarle todo el hemisferio derecho. Decidió inclinar la balanza corporal hacia esa sensación. *¿Escalofríos a mí?* Cuando aparecieron las luces, la inquietud del policía ya se había esfumado del todo.

Todos ellos, los siete, vieron llorar a Sam mientras la luz de la nave espacial lo mantuvo bajo su halo. Eran lágrimas de revelación, lágrimas de fortaleza. Pero también eran, a su vez, lágrimas de angustia ante lo que el futuro les tenía reservado. En esta ocasión, “La morada de los osados” había llegado demasiado lejos.

PALÍNDROMO:

**Sam Giner, azar te da ganas (el aval es Anaga)
de trazar enigmas**



Hotel “Malines Menta”, Adeje.

Noviembre 2013

El recepcionista estaba mirándola, incómodo. Ella, sentada en uno de los mullidos sillones que poblaban el salón principal de la entrada, no dejaba de voltear el boleto, una y otra vez, escrutándolo por ambas caras. Sus dedos hacían ligeros amagos de

erosión, pero no así sus uñas. Salvador sabía que May lo hacía para simular el intento, pues ella era tan torpe (o tan caradura, más bien) que nunca variaba el ritual aunque solo fuera para modificar el argumento. Era cuestión de segundos que se acercase a “pedirle ayuda”.

—Oye, Salva, la doncella de la segunda planta no encuentra la toalla de la “doscientos once”. ¿Por qué...?

—¡Calla! —interrumpió Salvador.

El joven botones que pretendía importunar su visionado de la escena (de final previsible, por repetitiva) apenas llevaba una semana trabajando en el hotel, donde sustituía a un compañero que había pedido la baja por paternidad. A Salvador se le encendió una bombilla paliativa para intentar sacarle partido a su mala suerte. *¿Por qué le ha tocado a esta jugar al rasca-rasca justo en mi turno de trabajo?*

—Mira, ¿ves a la señora que está en aquel sillón?

—¿La embarazada? Igual se nos pone de parto ahora, porque con esa barriga que tiene...

—Creo que está de ocho meses. La cuestión no es esa. Fíjate en lo que hace. Tiene en la mano un boleto del rasca-rasca.

—Vale. ¿Y...? —preguntó el botones, intrigado por averiguar el desenlace de la conversación.

—Pues te apuesto un euro a que vendrá a pedirme ayuda.

—¿Con el rasca-rasca? No te entiendo. Mira, Salva, yo nunca apuesto. Y menos en mi situación; solo estoy haciendo una sustitución. Cuando salga de aquí volveré al paro.

—De acuerdo, te lo pondré más fácil. Te apuesto un euro mío. Si gano la apuesta, me lo devolverás. Espera.

Para añadir más intriga a sus extrañas palabras, Salvador extrajo un euro de su bolsillo y, con un rotulador rojo que cogió de

la tarima inferior del mostrador de recepción, le hizo una visible marca a la moneda, a modo de cruz.

—¿Qué haces?

—Este es mi euro. Si te haces con él, me lo devuelves.

—¡Estás como una puta cabra, Salva! —contestó el botones, alejándose.

Salvador observó a la neurocirujana. Se le ocurrió que su embarazo podría ser el responsable de afilar aún más la neurosis obsesiva característica de May. Ella y su marido eran clientes asiduos del hotel. Venían todos los fines de semana. May hacía el registro los viernes por la mañana y su marido se presentaba a mediodía. Luego se marcharían el domingo.

Desde la zona de ascensores, donde trataba de ayudar a una clienta polaca con su aparatoso equipaje, el botones observó, intrigado, cómo la señora embarazada se levantaba y se dirigía al mostrador de recepción.

—No es más que una casualidad. ¿Cómo vas a demostrar que se acercó para pedirte ayuda, Salva? —murmuró.

—Disculpe —dijo ella, en el mostrador—. ¿Podría prestarme un euro para rascar el boleto? Verá, no quiero que se me estropeen las uñas. Acabo de arreglármelas.

—Desde luego, señora —aceptó Salva, a regañadientes, dándole la moneda.

El recepcionista no se molestó en mirar hacia sus dedos. Ya lo había hecho en muchas ocasiones y sabía que May no tenía uñas. Bueno, sí que las tenía, pero muy cortas, quizá por motivos relacionados con su profesión, y, desde luego, nunca se las había visto “arregladas”. *¿Eres tan torpe (o tan caradura) que piensas que cada vez que vienes hay un recepcionista diferente que, por tanto, no sabe lo que pretendes?*

May se alejó con el boleto y con el euro. Salva se despidió de la moneda. May siempre decía, textualmente, las mismas frases. Siempre decía “no quiero que se me estropeen las uñas”. Siempre decía “¿podría *prestarme* un *euro*?”; nunca decía “¿podría *regalarme* una *moneda*?”. En el fondo, Salvador la admiraba. No solo lo timaba, sino que le imponía la cuantía exacta de la extorsión.

—¡Maldita avara! ¡Tanta película para ahorrarte un puto euro de propina! —dijo, entre dientes.

En su sillón, la neurocirujana rascó el boleto con la moneda y escrutó la cifra oculta. Tras poner cara de decepción y enojo, rompió la papeleta en dos mitades, con rabia, y tiró ambos pedazos sobre el suelo enmoquetado del hotel. Miró hacia Salva con disimulo y, tras guardarse el euro en la cartera, se fue hacia su habitación.

No habían pasado ni quince minutos cuando May pidió su acostumbrado zumo de media mañana, como cada viernes. El botones llamó a su puerta y ella abrió. Él dejó el zumo sobre una mesa y May le dio su correspondiente propina. Cuando el botones salió de la habitación y se dispuso a saborear, visualmente, el euro, vio la marca roja que Salva había garabateado en él.

—¡Joder, hostia puta! ¿Dónde coño está el truco?

Incapaz de descifrar el número de magia con el que Salva lo había encandilado, se fue hacia él, incómodo y en silencio, y de mala gana le soltó la moneda sobre el mostrador delante de sus narices. Salva, compositor aprendiz de poemas freak, le largó unos versos, sonriéndole con sorna.

Vaya neurocirujana

Disfrazada de trilera

Escondiendo a la truhana

Maquillando a la usurera

—¡Vaya mierda de poema! —exclamó el botones a la vez que se alejaba, enfadado.

PALÍNDROMO:

¿Ya May avara? ¡Vaya, May!



Centro Cultural de Adeje

Finalmente, al conseguir matricularse en el Grado en Turismo, había logrado la redención. Era su obligación desde el principio para poder cumplir su misión. Cada activista nacía para cumplir con una misión muy concreta. Roger sabía cuál era la suya, su sabio tutor lo había educado para este momento. Pero Roger, en un momento de debilidad, lo había decepcionado. El viejo estaba muerto desde hacía unos días, pero, desde su lugar junto a Alá, seguía vigilando, y no descansaría hasta que su pupilo cumpliera el objetivo encomendado.

Al comienzo de curso, Roger tendría que haber entrado en la universidad de La Laguna por la puerta grande. Pero el año anterior había sufrido una seria crisis de moral y de fe que hicieron tambalear sus principios. Como consecuencia, el joven aflojó en los estudios y no logró la nota mínima de corte para acceder al grado universitario al que estaba predestinado. Cuando Alá le reveló su poder, poniendo en marcha una milagrosa nueva aula para el Grado en Turismo en el municipio de Adeje, Roger comprendió que él era un elegido para hacer algo grande. A pocos musulmanes en la historia se les concedía una segunda oportunidad.

Roger era un estudiante universitario con todos los derechos. Su Número de Identificación Universitario, el NIU, que ahora estaba mostrando al segurita de la entrada al centro cultural, así lo atestiguaba. Abajo, en el primer sótano, estaba su objetivo:

un puñado de putos cristianos ansiosos por graduarse para hacer más grande al capitalismo. El mundo occidental estaba podrido. No era más que una cloaca llena de corrupción y de contradicciones. Tenía cosas tan inexplicables e inútiles como el hecho de que, en el Centro Cultural de Adeje, a la entrada, un empleado de seguridad le pidiese explicaciones (e identificación) sobre su destino dentro del recinto. Sin embargo, ni lo había cacheado ni existía un detector de metales que pudiese chivarse del arma que portaba. *¿Qué prefiere usted, que le enseñe el NIU o la pistola?*

El Centro Cultural de Adeje era una moderna extensión del gobierno municipal que albergaba varias de las actividades ligadas a la “Concejalía de Cultura, Deportes y Juventud” de la corporación. Las autoridades locales lo consideraron, además, el sitio idóneo para montar un aula equipada para recibir señal de la Universidad de La Laguna a través de un sistema de videoconferencia. El espacio físico era de Adeje. El alumnado, de la universidad. Los beneficios tendrían que ser mutuos. La posibilidad de que una persona pudiese graduarse en un municipio turístico del sur de la isla, sin tener que desplazarse al norte, era todo un reclamo para la población de residentes, visitantes extranjeros y municipios vecinos.

Hacía un par de años que se venía gestando la implantación de la llamada “Universidad de Adeje”, pero, en plena crisis económica, con importantes recortes presupuestarios (tanto en la universidad como en las áreas municipales), la puesta en marcha del proyecto se había ido demorando. Todo parecía indicar que habría que esperar hasta 2014, como mínimo. Sin embargo, la súbita aparición de una importante inyección económica procedente del sector privado había impulsado y exigido que, finalmente, el curso comenzara a contrarreloj, casi sin margen de planificación.

La financiación externa tenía un fortísimo olor a inversión anónima. El donante había utilizado a un grupo empresarial de supuestos inversores transparentes y generosos, reputados empresarios locales que bien podrían estar interesados en el impulso del proyecto, pero que, hasta ahora, se habían negado a aportar un solo euro al respecto. Por eso olía a opacidad. Alguien, en la sombra, estaba muy interesado en activar el complicado engranaje universitario. En cuanto a los gestores municipales y rectorales, nadie quería saber nada. Nadie quería preguntar o indagar. Era mejor ignorar la dudosa procedencia del capital. Únicamente un osado periódico digital hizo una sutil sugerencia referente a la posibilidad de que una mafia internacional, que estaría operando en el sur de Tenerife, podría estar utilizando el Aula de Adeje para blanquear dinero procedente de actividades ilícitas. Pero, a efectos legales y contables, los empresarios de la zona eran los patrocinadores del proyecto.

En su recorrido, Roger pasó por delante del despacho destinado al profesorado que cada día se desplazaba desde La Laguna para impartir algunas clases desde Adeje. La puerta estaba cerrada, lo que significaba que no había ningún profesor en aquellos momentos. Había varias salas del centro cultural con la puerta abierta, y, en ellas, una parte del personal del ayuntamiento realizaba sus tareas diarias.

El joven se detuvo delante de la puerta del despacho en el que una guapa muchacha centroeuropea solía pasar las mañanas colgada al teléfono. Era una organizadora de actos. Al menos era la responsable de los contactos. Roger sabía que estos días estaba muy atareada organizando unas jornadas en contra de la discriminación racial. *Malditos capitalistas europeos. Ridículos. No saben qué inventar para tratar de lavar sus impuras e irreverentes conciencias.* Roger le sonrió. Siempre lo hacía, y ella le devolvía la sonrisa. La joven no era más que una víctima pecadora. Hoy... Hoy debería purificarla. Su mundo occidental le dictaba que ha-

bía que respetar a los musulmanes, pero no así a sus costumbres. La maldita doble moral. Te llaman intolerante para justificar su intolerancia contra ti.

La puerta del aula se abrió de sopetón. La clase se giró y, en cuestión de décimas de segundo, todos los alumnos sufrieron la desconexión mental; sus cabezas, ajenas a aceptar como real la imagen de un compañero entrando, pistola en mano, y apuntándoles, les empujaban a transitar por el alambre que interseca lo imaginario con lo imposible.

El primer disparo los devolvió a algo parecido al mundo. No a la monotonía, como hubieran deseado, sino al mundo paralelo que solo existe en las lejanas noticias televisivas de sucesos. *Sí, los perturbados asesinos en masa son ultragalácticos, pero, a veces, una nave espacial recorre miles de años-luz para traerte uno a casa.* El único alumno alemán, el primero en levantarse, cayó fulminado. A partir de ahí, una sucesión de gritos de angustia y de terror pidió auxilio al exterior (del aula), clemencia al interior (del aula) y explicaciones a las alturas (al Creador).

El segundo disparo, en plena huida absurda, histérica y desorganizada (Roger bloqueaba la única salida posible), abatió a una joven muchacha del municipio. Luego, la pistola de Roger apuntó directamente a Margarita.

Era la mejor alumna. La más brillante. No merecía morir; ella no. Desde que comenzara el curso, era la primera vez que Mauricio no la veía sonreír. La muerte la estaba asustando. Sin pensárselo, el profesor se interpuso entre la bala y la muchacha, justo a tiempo, y cayó de bruces. Antes de morir oyó otro disparo y vio a Margarita caer junto a él, mirándolo a los ojos mientras se desangraba. Hacía apenas un par de minutos la había visto rebosando vida y juventud. Mauricio quiso arrepentirse de sus pecados, pero solo consiguió mortificarse por los errores cometidos. Cerró los ojos y maldijo el tres de marzo de 1980.

Roger no se ensañó con los demás. Hubiera podido seguir asesinándolos indiscriminadamente, pero él mismo había añadido un objetivo concreto, personal. Se había prometido redimirla. Por eso, en su huida, mientras varias voces gritaban a su alrededor, se asomó a la sala desde donde aquella joven centroeuropea pretendía, ilusa, arreglar el mundo. Estaba agazapada tras su sillón. Podría haber permanecido en su corrupto mundo del pecado; casi lo consigue, pero Alá había querido que Roger viera un ligero mechón de su cabello que, chivato, desde un lateral del respaldo, la delató. Disparó contra el propio respaldo, acertando de lleno en su cabeza.

Salió corriendo. Justo cuando estaba llegando a la puerta, se topó frente a frente con un policía municipal. Este lo esperaba, provocándolo con la mirada y con su arma. Era el diablo. Quería que Roger le apuntara. Al joven no le importó. Sabía que había llegado su hora. Levantó el revólver en dirección a su verdugo para que este, despiadado, lo abatiera.

—¡Muere, perro!

Roger cayó y, del bolsillo de su camisa, resbaló su NIU, el cual reposó junto a él como testigo de su condición universitaria.

PALÍNDROMO:

**NIU, Roger, atrapa a ese perro, cómo corre
pese a apartar ego ruin**



Aunque apenas habían transcurrido treinta y seis minutos desde que Jorge Nara recibiera el aviso, el inspector capado ya había aterrizado en Adeje. Todo un tiempo récord. El joven agente que lo había conducido a través de la Autopista del Sur (la extenuante TF-1) era un auténtico temerario al volante,

y había conseguido que, nada más llegar, antes de entrar en el centro cultural, el indeseable Nara estuviese vomitando en un rincón de la zona de aparcamientos.

—Tome, inspector —dijo el agente, tendiéndole un pañuelo.

—¡Aléjese! —rechazó Nara.

Una vez recompuesto (parcialmente), el inspector entró en el centro cultural, donde fue recibido por un coro irracional de policías: una mezcla de miembros del Cuerpo Nacional, de la Policía Municipal de Adeje y de la Policía Autonómica, trataba de competir a gritos para hacerse entender por los duros y negados oídos de Nara. Era la rutina. El inspector no se esforzó en poner orden; sabía que era imposible. Cuando se agotasen, él haría las preguntas oportunas.

Los agentes Juan Barrios y Ana Silva llegaron al centro cultural un par de minutos después, por lo que Jorge Nara sonrió, regocijado, al verlos, pues, cuando un caso los llevaba lejos de la capital insular, raramente solía ganarles la partida en puntualidad. Al fin y al cabo, había que agradecerle al kamikaze que lo había traído los resultados de su osadía.

—Ana, por favor. Consígueme un café.

Ana Silva se sintió incómoda, como siempre. El inspector, aunque estuviese rodeado por cuarenta agentes, siempre pedía el café a la única mujer del grupo. La incomodidad de Ana era doble. El recibir la “orden” (siempre ella) y cumplirla era llevadero. Pero, más que de Nara, se asqueaba de sí misma. Nunca había tenido el valor de enfrentarse al mobbing al que la sometía el hijoputa, y, al acatar sin rechistar, estaba realimentando el impúdico poder de su acosador. *¿Eres tonta? ¿Vas a por café? ¿Crees que, tras la barra del bar del centro cultural, vas a encontrar a alguien de asuntos internos que te resuelva tus problemas?*

Nara encargó a Barrios el trabajo sucio. El agente tendría que hablar con todo el mundo: policías, testigos y responsables municipales. Él, mientras tanto, disfrutaría de ese café que tanto necesitaba para recuperarse del malestar estomacal producido por el vómito.



—¿Qué tenemos, Barrios?

—Al parecer, un joven estudiante ha entrado armado en el aula donde sus compañeros estaban recibiendo una clase. Ha matado al profesor y a tres compañeros. En su huida también se ha llevado por delante la vida de una empleada del ayuntamiento; según los testigos, se detuvo y entró en su despacho como si fuese a por ella.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que estos pirados suelen elegir a sus víctimas al azar.

—¿Elegir al azar? Entonces no las elige él, sino el azar. No se contradiga, Barrios —apuntó Nara con orgullo, en un repentino arranque de agudeza.

—¿Eh? Como le decía, ocurre que, en su retirada, podía haber disparado a otras personas y no lo hizo. Sin embargo, buscó a esa joven.

—Bien, Barrios. Investiga si existía alguna relación entre ambos. ¿Qué más?

Nara miró a su alrededor y contempló al grupo de empleados y visitantes del centro. Barrios y él estaban en un amplio pasillo de las zonas comunes. A todo el personal del edificio y a los transeúntes ocasionales (que habían elegido la fatídica mañana de aquel viernes para estar allí) los tenían retenidos en la zona de la cafetería para identificarlos e interrogarlos. Aunque se notaban diferencias en sus niveles de entereza, la nota común era que

todos parecían muy angustiados. La comunicación a los familiares de las víctimas se estaría produciendo en estos momentos, por lo que la atmósfera de dolor por la masacre iría aflándose a lo largo del día hasta la agonía.

—Un policía local disparó contra él. No tuvo más remedio, porque el muchacho le estaba apuntando.

—En total... ¿seis víctimas mortales? —calculó el inspector.

—Una de las estudiantes ha sido trasladada con vida, pero... no creo que llegue viva al hospital, señor.

—¡Jodido psicópata cabrón! Hay que investigar su perfil psicológico, sus costumbres, sus amistades. ¿Cómo es posible que tuviera un revólver? Quiero saberlo todo sobre él. ¿Por qué eligió este sitio?

—Estaba matriculado en la clase donde comenzaron los disparos, inspector.

—Es verdad, Barrios, lo había olvidado.

—Verá, señor, a la espera de los informes oficiales de balística, creemos que el arma procede de un robo que se produjo hace dos o tres años en unas dependencias militares, en Gran Canaria. La policía autonómica está trabajando en ello, pero todo apunta a que salió de ahí. En cuanto al joven... Tenemos que comprobarlo, claro, pero, según sus compañeros, era un tipo muy raro.

—Lo raro sería que no lo fuese, Barrios.

—Parece ser que era musulmán. No digo que sea raro por eso, pero tenía unas ideas extremas en lo referente al conflicto ideológico y religioso entre...

—¿Un fundamentalista? ¡Lo que faltaba! Podemos estar ante un caso de terrorismo islámico.

—No lo creo, señor. En cualquier caso, se trata de un hecho puntual... No es un hecho organizado. Quiero decir...

Es un hecho organizado solo por él, pues atentó contra su entorno habitual. Eligió una población estratégica, pero no por motivos ideológicos, sino personales.

—Ya veremos, Barrios, ya veremos. Sácame de aquí, por favor. Este ambiente me sofoca.

—Sí, uno nunca llega a acostumbrarse al olor a muerte, inspector. Sobre todo cuando hay víctimas tan jóvenes.

—¿Qué...? Me refiero al calor del sur, Barrios. Esto es un horno. ¿Tienes algo más que contarme?

—Nada de interés. Al parecer, la mujer del profesor lo estaba esperando en un hotel de la zona. Yo pensaba detenerme allí para ver cómo se ha tomado la noticia. Me ha llamado Julio Romero, el compañero que se lo comunicó; dice que su reacción es preocupante. Está esperando la llegada del psicólogo. El caso es que está en avanzado estado de gestación y Julio teme que se ponga a dar a luz. Hay una ambulancia en camino, por si acaso hiciera falta trasladarla.

—Bien, iremos juntos. ¿Es todo?

—Sí... Hay otro detalle sin importancia. Una tontería que, seguramente, no tiene nada que ver con el caso, sino con alguna manía del profesor. En su bolsillo tenía una tablilla de madera en forma de... Como una estrella, pero con tres puntas.

—¿Tres puntas?

—Eso es. El asunto es que, en una de sus caras, hay una inscripción. Aparece la palabra “MALDITOS” escrita en mayúscula. En el reverso, en grande, tiene la letra M, también en mayúscula. No se trata de un llavero ni de ningún objeto útil. Debe ser un amuleto. Por eso le decía que me suena a superstición.

—O será alguna parafilia, Barrios —bromeó Nara—. Vamos a ver a la viuda.

Mientras se dirigían al coche, el inspector iba leyendo el informe preliminar que el agente Barrios había conseguido para él. Ana Silva estaba hablando con algunos testigos cerca de la puerta del centro cultural. Nara la miró de reojo, pensando en pedirle que los acompañase, pero no la interrumpió.

—Aquí pone... ¿Cincuenta y siete años? ¿Es un error?

—Era la edad del profesor, señor. En cuanto a los jóvenes...

—Y su mujer... ¿está embarazada? ¿De quién?

—Ella tiene treinta y ocho. ¿Acaso le sorprende que se pueda procrear con la edad del profesor?

Jorge Nara no contestó. Él, desde luego, jamás podría procrear por culpa de una calva lesbiana llamada Ivana.

—Se llamaba Mauricio, Barrios.

—Sí, señor.

—Eso podría explicar la letra M de su misteriosa figura, ¿verdad?

—Evidente.



En el hall del hotel, custodiada por los dos agentes que le habían dado la noticia y por los policías recién llegados, May se negaba a asumir que el trágico suceso hubiese ocurrido de verdad. Había recuperado el boleto rasca-rasca de una papelera próxima al sillón donde se encontraba. No tenía noción de haberlo depositado allí, quizá fuese el botones o el personal de limpieza quien lo había tirado, pero ella, casualmente, lo había visto en el contenedor cuando los cenizos la estaban aterrando. *Hola, May. ¿Por qué me abandonaste? Recupérame, me necesitas.*

El boleto que ahora arañaba de un modo absurdo y compulsivo se había convertido en su potente arma para desconectar

y evadirse de la realidad. Su preocupación última era proteger al bebé, porque, si ella caía en la locura o en la depresión, podría perderlo. En esa tesitura, el rasca-rasca era el entretenimiento perfecto para la mente de la neurocirujana.

—Esto no me gusta nada, Barrios —susurró Jorge Nara—. ¡Fíjate en la cara de loca!

Aunque estaba acostumbrado a sus excesos verbales, Barrios se incomodó por el comentario del inspector. La sutil ironía que inoculaba Nara no era más que otra de sus burlas pedantes que lanzaba para exhibir su suficiencia. La neurocirujana podría inspirar compasión, pero no juicios psicológicos de aficionados.

May se levantó y abandonó la papeleta en el propio sillón. Ya no la necesitaba. Su atención había sido requerida por un asunto mayor.

—¡Ay!

—¿Le pasa algo, señora?

—Creo... que el parto se me va a adelantar casi un mes.

—La ambulancia acaba de llegar. Está en la puerta del hotel. Y el psicólogo... ya llega. La acompañará hasta el hospital —ofreció Nara.

—Lo que necesito es un ginecólogo, señor. Voy a dar a luz, no a despedirme de mi marido. Ahora no puedo.

Entre fuertes contracciones, May abandonó el hotel en ambulancia. A su marido lo habían asesinado, pero, a ojos del inspector, ella también tenía toda la pinta de estar muerta por culpa del palo recibido.

PALÍNDROMO:

**Ya miré hotel,
obrara perecer a palos,
sola parece reparar boleto,
herí May**



MAL SI IDOLATRA PASOS, APÁRTALO, DI ISLAM

Santa Cruz de Tenerife

—¿Seguro que podrás acompañarla, Susana? —insistió Remedios para asegurarse.

—Claro, dalo por hecho.

Ivana las miró con un semblante muy serio. No le importaba que su mujer se fuese unos días de viaje, desde luego, pero sí el hecho de que no lo discutiese previamente con ella. Enseguida se dio cuenta de lo pueriles que resonaban, en su propia cabeza, sus planteamientos. *Tú, la rapera pasota y liberal, que permitía a sus parejas follar con cualquiera, ¿pretendes que Susana te dé explicaciones de cada paso que da? ¿Cómo has cambiado, tía!*

Julieta, que había permanecido muy tensa, ambientó el recibidor de sus amigas adultas con la más alargada de sus sonrisas cuando Susana sentenció la respuesta. ¡Confirmado!

—¿Irás conmigo, Susana? ¿De verdad? —expresó con júbilo, cogiéndole fuertemente la mano.

—¿Qué te crees? ¿Acaso voy a permitir que tus padres no te dejen ir?

La respuesta incomodó a Remedios. Si Julieta no asistiese al concurso de palíndromos, Carlos y ella no serían los culpables. Susana era injusta en la forma de plantearlo aunque no fuese esa su intención. Por motivos laborales, los padres de la niña no podían asistir. Habían intentado arreglarlo por todos los medios y casi lo consiguen, pero en los juzgados se estaba demorando

en exceso un feo asunto en el que ambos participaban, y sus superiores se negaron en rotundo a concederles unos días de asuntos propios para ir a Madrid en un “viaje de ocio”, según sentenciaron.

—Verás, Susana. Te he explicado que ni Carlos ni yo podemos acompañarla. Como comprenderás, tampoco estamos dispuestos a dejarla ir sola a su edad, ni, por supuesto, bajo la responsabilidad de ese oscuro empresario que le va a pagar el viaje y la estancia.

—¿Oscuro? ¿Qué quieres decir?

—Pues... No..., cosas mías —trató de rectificar Remedios tras su metedura de pata. Ella no era quién para airear la noticia de que Ulises Ejido estaba siendo vigilado de cerca por las autoridades.

El empresario canario sabía que lo investigaban. Siempre lo habían hecho y lo seguirían haciendo. Él estaba conforme y lo aceptaba; de alguna manera, él había dado la orden, porque era una forma de simular transparencia en sus sórdidos negocios de cara a la sociedad. Lo único que exigía a cambio era que se produjeran filtraciones disimuladas (de esa supuesta persecución contra él) a los medios de comunicación para que los ciudadanos se enterasen. Así, a todo el mundo le daría la impresión de que la justicia era implacable con todos, incluido Él. *Dios tiene que dar ejemplo de equidad.*

Las investigaciones, por supuesto, no eran un paripé en las capas inferiores. Los policías y los inspectores de Hacienda disfrutaban como héroes pensando que, quizá, sus pesquisas podrían acabar con el “dueño de la isla”. Si lograban pillarlo, ¡se harían famosos! Pero en la pirámide había una barrera sobre sus cabezas (tan alta que no podrían divisarla, por mucho que sus cuellos se elongasen) que se encargaba de no turbarle el sueño al “vértice” Ulises ni, por consiguiente, a los poderosos con potestad para

importunarlo. Si un juez, por ejemplo, osaba iniciar una acción legal contra el señor Ejido, podría considerarse muerto (profesional, social, política o textualmente, según el apetito del “dictador”). Toda investigación policial o fiscal sobre el señor Ejido se disolvía en esa barrera impermeable.

La Asociación Juvenil para la Igualdad Intelectual de Género (AJIIG) había organizado un curioso concurso nacional dirigido a chicas jóvenes, menores de veinte años, para potenciar y, de paso, exhibir a la sociedad sus capacidades intelectuales. Aunque la idea de la asociación surgió cargada de buena voluntad (cosa que nadie discutía), algunos grupos la habían tachado de sexista por restringir el concurso al género femenino. Se quejaban porque, según ellos, demostrar la valía de la mujer consistía en dejarla competir en igualdad de condiciones con el hombre, no en crear “una liga aparte”.

La mayoría de las participantes inscritas eran mayores de edad. Solo un puñado de jóvenes menores era capaz de elaborar, de forma casi improvisada, frases simétricas. A la organización le resultaron llamativos los registros virtuales de muchachas de quince o dieciséis años (con consentimiento materno o paterno, pues las bases así lo exigían). Pero la recepción telemática de una solicitud para apuntar en el concurso a una niña de once años, residente en Tenerife, desorientó a los responsables de la AJIIG.

No era un concurso sencillo. Las niñas no podían venir preparadas de casa con una chuleta de palíndromos prefabricados. Se trataba de construir frases o composiciones dirigidas, siguiendo unas indicaciones restrictivas que la organización iría comunicando a medida que avanzara el encuentro. El certamen se resolvería por un sistema de fases eliminatorias, donde el grado de complejidad de las exigencias para la composición de palíndromos iría aumentando paulatinamente.

Aunque la AJIIG lo había peleado hasta el final, no fue capaz de conseguir las suficientes ayudas para cubrir todos los gastos de las participantes. Tenía amarrados los aspectos de intendencia. Las jóvenes podían elegir alojamiento dentro de un variado listado de precios, calidades y servicios, ofertados por hoteles y residencias colaboradores. Durante los días de concurso, todas tenían derecho a un almuerzo gratuito en el propio hotel donde se celebraban las pruebas. Las sesiones eran tanto matinales como vespertinas. Sin embargo, el presupuesto no alcanzaba para pagar los desplazamientos ni la estancia. Esto había mermado, a última hora, la presencia de muchas palíndromistas, sobre todo de aquellas que vivían más lejos de Madrid.

Julieta, tras tres semanas de durísima batalla psicológica, había logrado convencer a sus padres. Si bien ellos no tenían dificultades económicas, la intervención del bonsái Trapus fue decisiva. La idea había sido de Susana. *Julieta necesita un patrocinador.* Ivana y su mujer tocaron a las puertas de varias instituciones locales. Pero ayuntamientos, cabildos y gobierno autonómico, en plena crisis, no tenían dinero para que una escolar de once años paseara el nombre de Tenerife (y de Canarias) en un absurdo y frívolo concurso. *¿Es que no sois capaces de valorar una habilidad precoz? ¿Acaso os parece insustancial fabricar un palíndromo?*

Cuando Trapus invitó a las tres, Ivana, Susana y Julieta, a un almuerzo en Radazul para cumplir su promesa (tras la liberación de Ivana de las garras del reportero Bruno “San Sebastián” y la periodista Ana “Cupido”) y se enteró de lo que se cocía, tuvo una idea que, al principio, fue rechazada por ilógica y fuera de lugar. *¿Qué tiene que ver un concurso de palíndromos con tu buen amigo Ulises?* Sin contar con ellas, Marcelo Girard habló con el señor Ejido y, esa misma noche, el empresario llamó personalmente a Carlos para comunicarle que él se encargaría de que Julieta fuese

a Madrid y no le faltase de nada. Remedios, Carlos, Susana e Ivana no se lo creían.

Ulises tenía situado a Trapus casi a su lado, en la punta de su afiladísima psicopirámide de poder y dominio. El propio empresario jamás imaginó que pudiera ocurrir algo así, pero el rechoncho y caricaturesco detective lo hacía tronchar de la risa. Dentro del desagradable ambiente político-empresarial, la risa no tenía precio como vacuna contra el mal sabor de boca que generaba el tener que lidiar con todos los memos de la isla. Además, aparte de venir de Girard (la petición), admiraba a la niña que había resuelto el complicadísimo rompecabezas del secuestro de Radzul.

A los padres de Julieta se les había presentado como “patrocinador”. Eso era cierto, sí, pero Ulises se guardó una parte de sus intenciones: una palabra que implicaba un mayor blindaje. A partir del instante en que habló con Trapus (y solo Trapus lo sabía), Ulises Ejido decidió convertirse en el “padrino” de Julieta. Sería su protector. ¡Para siempre! Algún día, ella y toda su inteligencia trabajarían para él. En cuanto a sus padres, lo inteligente era irles pautando esta información de forma gradual. *¡Pa-pa-pa-pa-pa-pa-pa! Para pasar de patrocinador a padrino, paciencia para pactar con padres.*

—¿Qué te preocupa, Remedios? —preguntó Ivana al leerle los ojos.

—Pues... Nada.

—¿Crees que Ulises es un mafioso? ¿Es eso?

—Me preocupa que vaya en su avión privado, eso es todo. Y... que pague todos los gastos. ¡Nosotros podemos hacerlo!

—Es un empresario. Solo lo hace por motivos publicitarios —apuntó Susana—. Imagina qué ocurriría si tu hija gana el concurso o llega a la final. Es más, solo por la edad que tiene, ya está llamando la atención antes del comienzo del certamen.



—Yo creo que llama la atención por lo del asesino del rap. Al principio no sabían que era la misma persona, pero, ahora, esa asociación cree que va a concursar una niña prodigio. A lo mejor le exigen más de la cuenta —dijo Remedios.

—Nadie va a exigir nada. Además, ¿qué más da? Susana tiene razón. A Ulises le va a venir bien que relacionen a Julieta con sus empresas. Es una simple contraprestación; un... contrato. ¡Aparte de que también será bueno para Canarias! —apuntó Ivana sin demasiada convicción.

—Que conste que la dejo ir porque vas tú, Susana.

—Claro, mamá. Ella me cuidará. Las dos estaremos bien.

—Espero no tener que arrepentirme, porque soy capaz de estrangular al bonsái enano de los cojones.

PALÍNDROMO:

Oí con argot canario: irán acto gran ocio



Quizá se tratase de un tema generacional. Mauricio pertenecía a ese treinta y ocho por ciento de tinerfeños cuyos restos seguían la ceremonia tradicional de inhumación. Por lo que Girard tenía entendido (así lo había escuchado en el tanatorio), esa había sido la voluntad del propio profesor.

El predicador, que dirigía las honras fúnebres con unas estrechas gafas de sol, una barba de dos o tres días y su negra indumentaria almidonada, parecía más un guardaespaldas o un terrorista que un sacerdote. Allí, en la zona oeste del cementerio, un amplio hueco rectangular amenazaba desde el suelo con tragarse y llevarse el ataúd con el cuerpo de Mauricio para siempre. Las oraciones se le estaban haciendo demasiado largas a Girard. Sus cervicales, acuchilladas por el dolor, no eran capaces de soportar mucho más. O aquel cura terminaba su responso o él se sentaría en el suelo, apoyado contra una lápida, para relajar el cuello.



En una zona lateral respecto a la posición de Trapus, la afligida señora vestida de luto intenso lloraba sin parar. El detective esperó al final de la ceremonia para acercarse y presentarle sus respetos. No conocía a la viuda, solo a Mauricio, pero el protocolo social en asuntos luctuosos lo empujó hacia aquella mujer entrada en años.

—Mi más sentido pésame, señora. Permita que me presente y le exprese mis condolencias. Mi nombre es Monsieur Girard y conocía a su marido. No es que fuéramos grandes amigos, pero nos saludábamos si nos cruzábamos por la calle.

Tras estrecharle la mano, la mujer se quedó perpleja, mirándolo, consiguiendo contener las lágrimas por el impacto recibido. Enseguida reaccionó.

—¿Mi... marido? Yo... ¡Yo nunca me he casado! ¿Por qué dice que conocía a mi marido?

—¿Al profesor? Bueno, yo...

—¡Ah! Comprendo. Está usted equivocado. Mauricio era mi yerno, no mi marido.

—¿Su yerno? Lo siento. Yo creía que...

—Claro, yo me acerco más a su edad que mi hija. Ellos se llevaban casi veinte años. Verá, mi hija está ingresada en el hospital dando a luz. Imagínese el shock que supuso este crimen para ella, en su situación.

—Lo lamento. Ruego disculpe mi torpeza. Si llego a saber que Mauricio se había casado con una mujer más joven que él, no la habría importunado a usted. Adiós, señora. ¡Ay! —se quejó, llevándose las manos a la zona cervical.

La suegra de Mauricio se quedó muda de asombro. La última frase de aquel tipo tan extravagante rozaba la grosería. Con aquella ropa apolillada, Monsieur Girard tenía toda la pinta de haber conseguido un salvoconducto en una clínica mental para ir a decir el último adiós a un viejo amigo.

De camino a su coche, Trapus sentía cómo el sonrojo de su rostro le estaba cobrando por la enorme metedura de pata. Si pudiera resetear y volver atrás solo un par de minutos, el “Girard dos punto cero” no abriría la boca hasta estar seguro de dominar la situación.

PALÍNDROMO:

Reset, el otro parar boca, la cobrara por tolete ser



En la planta de maternidad del Hospital Universitario de Canarias, la neurocirujana era incapaz de interpretar la sensación que le producía el nudo formado en el epicentro de su garganta. El conflicto agresivamente emotivo, fruto de la colisión entre el crimen y el parto, no le permitía llorar la muerte de su marido ni disfrutar del nacimiento de su niña. *El nudo en la garganta.*

La enfermera depositó a la recién nacida en los brazos de May. Ella acogió a su hija con una mirada triste. La pequeña no se la merecía, acababa de llegar y demandaba protección materna. Su padre... Su padre no pudo conocerla por solo un puñado de horas de diferencia. Era cuestión de mala suerte. A estas horas ya estaría depositado en el subsuelo, con varios kilogramos de tierra sellando e inmovilizando su ataúd.

May la levantó y la miró con detalle. Se parecía a Mauricio más que a ella. Quizá no. La neurocirujana siempre había pensado que los niños recién nacidos a quien más se parecen es a otros niños recién nacidos. Le dio un beso en la cabeza y decidió mimarla toda la tarde para compensar la tristeza de la primera mirada que había recibido de mamá.

PALÍNDROMO:

Ya mamá me mimó a mí, gima o mime mamá May



En cuestión de unos pocos días de introspección, el detective Girard había decidido abandonar para siempre el tabaco. Desde que había dejado el Cuerpo Nacional de Policía, nadie lo consideraba ya un fumador empedernido, aunque era verdad que, si bien en parte se debía a que sus achaques estomacales y cervicales lo forzaban a proteger el resto de su salud, no podía estar seguro de que la relativa reducción del peligroso hábito fuese suficiente. *¿Cómo van a recordarte tus amigos y compañeros que te estás matando si, ahora, solo tienes un amigo (Ulises, que fuma más que tú) y cero compañeros?*

Aparte de verse forzado a tirar en una papelería del cementerio las dos cajetillas de Krüger que tentaban desde sus bolsillos, Marcelo se sentía el protagonista de una “moviola”. Al parecer, alguien llamado azar había rebobinado a Trapus y lo había transportado unos días atrás, pues hoy estaba de nuevo en el cementerio, con el mismo jodido dolor cervical, para asistir al entierro de otro amigo suyo. En realidad el profesor era solo un conocido, pero *Lameculos* había sido, posiblemente, su mejor amigo durante buena parte de sus vidas; por eso hoy el recinto parecía mucho más triste.

Hacía años que no sabía nada de Rubén. Hasta hacía unas semanas. De hecho, creía tener entendido que estaba viviendo en la península, si es que aún vivía. Pero, por lo visto, nunca abandonó Tenerife. Casualmente fue el propio Mauricio, el profesor, quien le comunicó que Rubén el “Lameculos” estaba agonizando en una cama de hospital. Trapus no dudó un instante en ir a visitarlo, y así lo estuvo haciendo casi todas las tardes hasta su muerte. Cáncer de pulmón. El jodido tabaco.

Durante el entierro, Trapus recordaba con nostalgia la década de los ochenta, cuando Rubén aún arbitraba. Por sus conocimientos, su carácter, su diplomacia y su intuición, podría haber

llegado a pitar en Primera División. El porcentaje de errores de *Lameculos* era el más bajo de todas las categorías nacionales; tenía una vista de lince. Pero, físicamente, el cigarrillo que llevaba cosido a los labios (excepto en el campo de fútbol) le pasó factura y no superó la Segunda División A.

Para reforzar el *déjà vu*, el ataúd fue engullido por la tierra, pero, esta vez, el “sacerdote de guardia” era otra persona diferente.

—Señora López, ¿cómo está?

Jennifer, la viuda del exárbitro de fútbol, lo fulminó con la mirada tras procesar la absurda pregunta. Definitivamente, Marcelo Girard no había cambiado, era el mismo de hacía treinta años. Las últimas semanas, en el hospital, no había coincidido mucho con él, porque Jennifer aprovechaba los paréntesis en que el detective (o cualquier otra persona) acompañaba a Rubén para salir de la asfixiante habitación y respirar un poco de vida. *¿Que cómo estoy? ¿Cómo crees que estoy, aquí, mientras entierro a mi marido?*

—Marcelo... ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Pues... yo diría que unos treinta años.

—Sí, desde que me casé con Rubén. Entonces... Mira, Marcelo, tú lo llamabas *Lameculos*.

—¡Oh! Lo siento, señora. Es que a él no le importaba. Yo diría que hasta le gustaba.

—Vale, vale, no es eso. La cuestión es que lo hacías por la confianza que nos ha unido siempre, ¿no es así?

—Claro.

—Entonces ¿por qué coño me sigues llamando a mí “señora López”? —se quejó Jennifer, logrando armar una conversación paliativa ante el tremendo dolor que la azotaba.

—Es que a él lo tuteaba porque éramos amigos, señora López. Yo tenía su permiso. De hecho, también él me tuteaba a mí.

—Sigues sin entenderlo. ¿A mí no me consideras también una amiga?

—¿A usted? ¡Usted es una mujer!

—Sí, lo sé. ¿Y...?

—Pues... No creo que un hombre pueda llegar a ser... amigo de una mujer. Es... complicado.

El taco que emitió el cerebro de Jennifer se quedó atascado a medio camino, en la garganta, y no llegó a salir. Su cabeza volvió al triste presente y, como consecuencia, renunció al diálogo de besugos. *¿Besugos? Será "besugo", porque yo solo veo uno.*

Abstraída, Jennifer observó cómo los asistentes al sepelio empezaban a desfilas hacia la salida del cementerio. Dos señoras se le acercaron para explicarle cuánto sentían la muerte de Rubén. La viuda les dio las gracias por cortesía, pues ni siquiera las conocía. De hecho, la mitad de los presentes no le sonaban de nada. Sus ojos volvieron a detenerse en el detective, quien permanecía junto a ella como si esperase que le diesen permiso para marcharse. Se percató de que Girard dirigió la mirada hacia una zona del cementerio con una población muy densa de cipreses. Allí había un individuo bien vestido que parecía mirarles con cierto disimulo.

—Gracias por lo que has hecho estos días, Marcelo. Yo he estado muy superada por la situación; sobre todo por la inflexible renuncia de Rubén a someterse al tratamiento de quimioterapia. ¡Decía que era peor que el propio cáncer! Mi marido no murió en soledad. Sé que tus visitas le resultaron muy terapéuticas; dentro del pequeño margen que le permitía el sufrimiento, claro.

—Para eso están los amigos, señora López. Bien, tengo que marcharme. Sabe que puede contar con mi hombro si necesita llorar.

—¿Cómo dices? Mira, prefiero que me ofrezcas tu apoyo. Por ejemplo, que quedemos un día, si te llamo, para hablar. Tal vez necesite desahogarme.

—Pues eso mismo. Un hombro en el que llorar.

—Es que, dicho así, Marcelo, suena a un ofrecimiento de compasión, no de amistad.

Girard se quedó pensativo, tratando (sin éxito) de razonar lo que la viuda le quería decir. Luego encaró el pasillo de salida tras decir adiós de nuevo.

—¡Marcelo!

—¿Sí?

—Me acabo de acordar de algo. ¿Tienes un minuto?

—Claro. ¿Necesita... un hombro para... llorar? Lo digo como... metáfora. Sí, metáfora. Sigo pensando que nos referimos a lo mismo.

—Olvide sus hombros. Mire...

—¿Mis hombros? ¿Qué les pasa a...? ¡Ah, claro! Me ha visto cómo me los he estado masajeando. Se trata de las cervicales, señora. ¿A usted no le duelen? Lo pregunto por la edad. Yo tengo los hombros muy cargados.

—¿Sabes? Si no llega a ser por la situación y por este escenario... ¡Tú me haces reír, Marcelo! Sin querer, pero me haces reír. Lo que ocurre es que ahora no puedo ni debo hacerlo.

—Dicen que la risa es... ¿Qué palabra usó usted antes? ¡Ah, sí! ¡Terapéutica! Puede reírse aquí, le prometo que no se lo contaré a nadie. Ya se han ido todos los invitados.

—¿Invitados? Pero ¿qué dices? ... ¿Quieres que me ría y, además, tú me guardarás el secreto? ¡Eres incorregible! No entiendo cómo no te has casado. Un hombre tan entretenido suele triunfar entre las mujeres.

—No se crea que no he triunfado. Cuando era joven iba a bailar a las discotecas y la gente me miraba. ¡Pregúnteselo a Rubén!

Fly, Robin, fly. Vuela con Robin hasta el cielo si quieres hablar con Rubén.

—¿Cómo? ¡A veces no sé si eres tan corto o se te va la olla! ¡Lo cierto es que pareces un torturador!

—¿Un torturador? Pero ¿por qué dice eso? —preguntó Trapus, ajeno a su nueva e involuntaria metedura de pata.

—Déjalo, Marcelo. Vamos a mi coche.

—No, yo he traído el mío. Es usted muy amable, pero no tiene por qué preocuparse por mí.

—Es que quiero enseñarte algo. Lo tengo en mi bolso, dentro del coche.

Girard siguió a la viuda hasta el vehículo que, muy próximo al suyo, estaba estacionado en el exterior del recinto municipal. Ella le hizo una seña en dirección a la zona del copiloto, pero él no la entendió.

—Sube.

—No, yo... le he dicho que tengo coche. Mire, es ese de ahí.

—Vamos, solo quiero mostrarte algo para ver si es tuyo. ¿Le hiciste algún regalo a Rubén cuando estaba ingresado?

—¿Regalo? Bueno, lo cierto es que un día llevé el periódico al hospital y se lo dejé en su mesilla, si es que se refiere a eso.

—¡Vamos, entra!

Trapus se sentó junto a Jennifer, quien se puso frente al volante, abrió su bolso y extrajo el objeto.

—¿Habías visto esto antes?

—Déjeme ver.

El detective lo cogió. Tenía en la mano una extraña figura de madera en forma de estrella de tres puntas. En un lateral había una inscripción. En letras mayúsculas se leía la palabra "MALDITOS". En el reverso solo había una letra, la L.

—¿Qué es?

—Eso es lo que quiero saber. Me lo han dado en el hospital.

—¿Por qué?

—Dicen que era de mi marido. Cuando murió, encontraron esa figura en el bolsillo de la bata que llevaba. Yo les dije que no era suya, pero insistieron en que me la quedara. Al parecer nadie la ha reclamado, y Rubén, como sabes, no compartía habitación.

—Podría ser de alguna enfermera, o...

—Le dije a la encargada de planta que le preguntase a los empleados. Si es de alguno de ellos ya me avisarán. Como tú ibas a verlo pensé que a lo mejor sabías algo.

—¿Sabe una cosa? Este objeto me resulta muy familiar. Lo tengo en la punta de la lengua, pero no... Creo haberlo visto antes.

—Puede que lo hayas visto en la habitación de Rubén, de forma inconsciente. Por eso te sonará tanto.

—Es posible. ¿Puedo marcharme ya, señora? Tengo que comprar una piza para cenar esta noche.

—Puedes marcharte cuando quieras. No tienes que pedir permiso.

—Muchas gracias.

Al bajar del coche de la viuda, Girard se fijó en un individuo que, a lo lejos, dentro del cementerio, parecía estar mirando hacia la zona de parking. Entonces aplicó el argumento que acababa de exponerle Jennifer. El subconsciente. Estaba seguro. Hacía unos minutos, durante el sepelio, lo había visto en la distancia, casi ocultándose. Al principio creyó que podría tratarse del sepulturero, pero vestía bastante bien como para ser un operario del ayuntamiento. No se imaginaba a un hombre tan elegante excavando un agujero o retirando huesos de un nicho.

—¿De qué me suena ese tipo? —murmuró.

Por la lejanía y por su falta de vista, Girard no podía rastrear los rasgos de su rostro, pero, aun así, la figura del individuo se le hacía familiar.

—¿Ese no es...?

Una tupida red que abarcaba desde los ojos del detective hasta su memoria lo hacía dudar. Para mayor sorpresa, el desconocido levantó la mano y lo saludó. Trapus le devolvió el saludo y tuvo la tentación de acercarse, pero se detuvo; temía que le pasara algo parecido al vergonzoso suceso del encuentro, en el otro entierro, con la suegra de Mauricio. Ponerse a hablar con una persona sin tener la certeza de su identidad era peligroso para su reputación. Subió al coche y se marchó.

PALÍNDROMO:

Rige red, ahora dudar o ha de regir



—¿Susana Mesa? —oyó decir al interlocutor de la llamada recibida—. Soy Ulises Ejido.

—¡Señor Ejido! Encantada de hablar con usted. No sabe cuánto le agradezco...

—¡Calle, calle! Ya me lo ha agradecido Trapus y los padres de la niña. Es suficiente. Hago esto porque quiero y porque puedo. No es más que una actividad empresarial, como todo en la vida. Me interesa promocionar a Julieta.

—¿Qué quiere decir?

—Se trata de un genio en potencia. Hay que pulirla un poco, claro, pero seguro que, en unos cuantos años, dará mucho que hablar. Entonces yo estaré detrás, apoyándola —dejó caer Ulises. Su estrategia era a largo plazo, sí, pero había que pautarla e inocularla progresivamente.

—Bien... No sé qué quiere usted exactamente. Julieta es una niña prodigio y, sobre todo, necesita tranquilidad en su proceso educativo. Creo que no se le debe presionar en su evolución.

—Por supuesto que no. Créame, me encargaré personalmente de que nadie la presione.

Susana se escandalizó al hacerse una idea de fondo, basándose en cómo sonaban las palabras del señor Ejido. Parecía que se estaba refiriendo a Julieta como si fuese un producto comercial. *¿De qué te quejas? No hablo de cualquier objeto, sino de un artículo de lujo.* Daba la impresión de que el empresario estaba insinuando que quería convertirse en una especie de jefe, padraastro o inversor. Un protector, en definitiva. *Me encargaré de que nadie la presione.* Enseguida, la ingenuidad de Susana la hizo volver a “la realidad”. Ulises habría querido decir “Me encargaré de que nadie la presione... ¡durante el concurso!”.

—Señor Ejido, no sé si sabe que yo también iré a Madrid.

—Sí, por eso la llamo. Salimos dentro de cuatro días.

—¿Salimos?

—Acabo de hablar con Remedios. Me ha explicado que solo dejará ir a la niña si usted la acompaña. Por supuesto, le he dicho que no hay ningún problema. Es lo más adecuado si ni ella ni su marido pueden ir. Además, usted puede encargarse de cuidarla y controlarla mucho mejor que yo. No tengo experiencia al respecto.

—Pero... ¿usted también vendrá?

—No estoy seguro, pero lo intentaré. Supongo que Remedios le ha explicado que viajaréis en mi avión privado, ¿verdad?

—Pues... No, no lo sabía.

—Ya le comenté a los padres de Julieta que todo corre por mi cuenta. No permitiré que ninguna de las dos se gaste un solo

euro, ni siquiera para tomarse un refresco. Todo lo que queráis, aunque sea una frivolidad, no tenéis más que decírmelo. Yo pago. Mis empresas pagan.

—No tiene por qué molestar. A Julieta... bien, pero... a mí... Mi parte...

—Es la única condición que le he puesto a Carlos y a Remedios. Seré patrocinador, pero con carácter de exclusividad. Julieta y sus acompañantes, en este caso usted, están bajo mi protección. Desde que subáis a mi avión hasta que volváis a casa, seréis mi familia. Es innegociable.

—De acuerdo.

—Si mis negocios me lo permiten volaré con ustedes. Resulta que tengo asuntos pendientes en la capital de España. Voy a tratar de programarlos para los días durante los que se celebra el concurso. Así me será más fácil vigilarlas.

—¿Vigilarnos?

—Me refiero a evitarles la tentación de gastar vuestro propio dinero. Sé que usted es muy vergonzosa e incapaz de pedirme cinco euros para llevar a Julieta a tomarse un helado. Debe guardarse ese pudor mientras esté en Madrid. Si yo no pudiese viajar, alguien de mi confianza ocuparía mi lugar, por si necesitáis algo.

—¿Se refiere a... un guardaespaldas? —preguntó Susana, sorprendida.

—Algo así. Mire, no estaréis en el mejor hotel de Madrid porque queda lejos del lugar donde se celebra el evento. Por eso he dispuesto vuestra estancia en el propio hotel de la organización.

—Creí... que ya no había plazas libres allí. Además, es uno de los mejores hoteles de Madrid, señor Ejido.

—Sí, pero no el mejor. En cuanto a las plazas, para mí siempre quedan plazas libres, se lo garantizo. En caso de sentirse incómodas podréis cambiar de hotel.

—Señor Ejido, es usted muy atento. Le agradezco todo lo que está haciendo, de verdad.

—Nos veremos en el aeropuerto. Si no consigo volar con ustedes, por lo menos iré a despedirlas.

—Gracias.

—Como verá, lo tengo todo organizado. Verá, Susana, sé lo duro que resulta para unos padres separarse unos días de su hija de once años.

—Sí, es un trago muy amargo.

—En eso he pensado. Ante el amargor, lo mejor es programar bien las cosas. Creo que Remedios y Carlos están mucho más tranquilos.

PALÍNDROMO:

Al amargor, prográmala



Cuando recibió aquella inesperada llamada, la fantasía del detective dedujo que todos los fantasmas del pasado habían aterrizado para organizar una fiesta de Halloween en su vida. La fiesta de difuntos.

—¿Has dicho Sam? ¿Eres Sam Giner?

—Sí, Trapus. Te vi en el entierro, pero no quise acercarme. Tengo miedo. ¡Ya van dos!

Girard hizo desfilas por su mente las dos “películas” que había protagonizado Sam: la real, junto a ellos, muy antigua; y la comercial (la actual), una vida psicótica de ciencia ficción que, probablemente, había diseñado para ganar dinero. Si bien la memoria de Trapus logró situar a Sam Giner como la intersección entre Mauricio y Rubén, la imagen que dominaba en su hipocampo era la del predicador: el Sam Giner actual.

El auge progresivo que habían experimentado (y lo seguían haciendo) las iglesias evangélicas en nuestro país implicaba que estas tenían una deuda impagable con Sam Giner. Lo que había conseguido el pastor, gracias a su popularidad en los medios de comunicación (ganada esta a base de gancho, suerte y buenas relaciones con las personas adecuadas), podría equipararse, quizá, a la labor que hizo Jesucristo en su día para crear un fiel ejército de seguidores. Solo que, al nacer en una época más propicia, la suerte jugó a favor de Jesús.

En aquellos tiempos, a alguien se le ocurrió escribir un libro sobre Jesucristo, y, como casi nadie escribía, esas escrituras, esos mensajes, se eternizaron. *¡Claro! La Biblia no tuvo competidores en los mercados literarios durante siglos. Best seller sí, pero también un monopolio.* Las gestas de Sam Giner, si bien altamente valoradas a efectos sociales y estadísticos, no tenían hueco para competir en la literatura de la crisis. *A quien pueda interesar: he conseguido más adeptos que Él en su época.*

El discurso de Sam no difería excesivamente en contenido respecto al resto de adoctrinamientos religiosos. Era más de lo mismo, se comportaba como si curara el cáncer. Todo el fondo estaba inventado. Lo que permitía surgir, avanzar, consolidarse y hacerse rico a un genio, era otra cosa: la forma de comunicar el mensaje. Sam Giner era un híbrido. Un cóctel de rasgos mezclados en unas proporciones exactas le daba ese plus de personaje misterioso, místico y divino. Por lo menos, a la gente le parecía mucho más divino que el Santo Padre del Vaticano.

Para empezar, físicamente, tenía el pelo como Cristóbal Colón. Eso le daba un aspecto subliminal de monje-conquistador. Unido a la generosa nariz y a los ojos perforadores, la percepción de su ya de por sí altiva personalidad ganaba un recargo adicional. Sam Giner imponía autoridad y miedo.

En cuanto a la oratoria, era un auténtico experto en armar y disfrazar discursos populistas, sin exagerarlos. Para ello, para maquillarlos, dado que nunca dudaba en cargar las palabras de mala intención (cuando lo consideraba oportuno) o de amenazas y condenas, lo que hacía era hablar con un tono de voz totalmente lineal, aparentando una serenidad que solo estaba a la altura de los dioses. Así, paradójicamente, sus palabras sonaban a la vez escalofriantes y cautivadoras. *¿Cómo puedes ser capaz de decir, con dulce voz y una sonrisa angelical, que la niña de dieciséis años que acaba de abortar es una potencial asesina en serie?*

—¿Cómo estás, Sam? Hace años que no te veo... salvo en la tele, claro.

—¡Ha llegado el momento, Trapus! ¡No hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague!

Trapus no conocía el refrán, pero se lo esperaba; no ese en concreto, sino cualquier otro. A quien sí conocía era al predicador. Sam Giner solía cargar sus discursos con dos tipos de munición: las frases hechas y las moralinas. Evidenciaba una enorme capacidad para memorizar y una nula virtud de improvisar. Todos sus refranes eran prefabricados. Lo único que hacía él, y lo hacía como nadie, era encajarlos en el hueco exacto de una conversación o sermón. Esa podría ser una de las claves para atraer la atención del público. Otra clave era su inexplicable habilidad para prometer, en una misma frase, una cosa y la contraria.

—Te vi allí, Sam. Eras tú, ¿verdad? ¿Por qué no te acercaste? ¿Temías que tu fama le restase protagonismo a Rubén? —se le ocurrió rebuznar.

También Trapus era un tipo hábil. Su habilidad consistía en el desatino, en forzar frases en los huecos de discurso donde no tenían cabida. *Si fuerzas la pieza vas a romper todo el puzle, metepatas.*

—¿Sabes, Trapus? *Lameculos* lo negaba todo. ¡No creía! ¡Hombre de poca fe! ¡Ahora está muerto! Nadie diga “de esta agua no beberé”.

Girard no prestaba atención al sentido de las palabras. Él tenía a Sam por un fanático, pero, como era tan famoso, su única preocupación era estar a la altura de la conversación para no desentonar. Así que, como el último refrán le parecía que estaba mal aplicado (pues utilizaba el agua cuando hablaba de la muerte), quiso corregir (o superar) al predicador para impresionarlo.

—Sí, es verdad lo que dices, Sam. ¡Muerto el perro se acabó la rabia! —entonó orgulloso, convencido de que ese sí era un refrán apropiado para cadáveres.

—Escucha, Trapus. Siempre supe que, tarde o temprano, esto iba a ocurrir. Creía estar preparado, pero tengo miedo. ¿Tú no?

El detective Girard vio la luz. Sus recuerdos regresaron a 1980, treinta y tres años atrás. La luz... cubría el cuerpo de Sam Giner. Primero la abducción. Luego el amuleto; por último, la profecía. Fue en ese instante, al hacerse nítidos los recuerdos, cuando el frágil estómago de Trapus (amén de su colon) sufrió una agresiva recaída. Si no colgaba pronto el teléfono no llegaría a tiempo al cuarto de baño.

—Tengo... que dejarte —susurró, muerto de miedo y apurado por alcanzar el retrete.

—Lo siento, Trapus. Pero en la vida... no hay rosa sin espinas.

—Yo conozco otro refrán. A cada cerdo le llega su San Martín.



Sentado en la taza del wáter, Marcelo Girard recurrió a otras explicaciones paralelas que pudiesen justificar lo ocurrido. Paralelas. No dedujo ni una explicación “secante” ni “perpendicular”. Se anestesió con un argumento igual de irracional que lo que

sugería Sam. *Lameculos* podría haber muerto por castigo divino para purgar sus pecados. ¡Sí, eso sería! Todos decían que era un buen hombre, claro, pero algo habría hecho mal.

—¡Ya lo tengo!

Una vez, hacía años, Rubén le confesó que participó en un amaño de un encuentro de fútbol, concediendo un gol ilegal. ¿Estaría Dios impartiendo justicia y vengándose en nombre del equipo que resultó perjudicado? Solo era un argumento cogido con una pinza invisible, claro, pero Trapus sabía que, esta vez, si no aplicaba un poco de ciencia ficción no conciliaría el sueño.

PALÍNDROMO:

**Ese tipo dar gol amañado, daña,
malogrado pítese**



La exrapera había alcanzado un punto de irritabilidad totalmente desconocido para ella. También Susana parecía irritada; por lo menos su acné. En base a sus vivencias previas y a su carácter, Ivana entendía la vida exactamente igual que muchas otras personas. Se trataba de una partida en la que los humanos son colocados a modo de fichas dotadas de autonomía propia (una batería llamada cerebro), para jugarla y moverse por ella. La diferencia entre unos seres y otros estriba en los diferentes grados de inteligencia, predisposición, valentía y decisión para encararla. Según cómo te desplaces, podrás llegar a ser capaz de manipular o modificar el cincuenta por ciento del destino. El otro cincuenta dependerá del azar.

Particularmente, Ivana jugaba la vida con una venda en los ojos, pero no se trataba de vivir engañada, ni mucho menos. La venda se la ponía y apretaba ella misma. De esta forma se lanzaba al ruedo a tumba abierta, con descaro, liberada de todo tipo de cotas morales y sociales. Riéndose de la vida, despreciándola,

había logrado ahuyentar el concepto (inexistente para ella) de miedo. Hasta que conoció a su amor.

Cuando descubrió el daño que Jorge Nara le había causado a Susana, mucho más que a ella misma, su incuestionable seguridad sufrió el primer meneo. También había sufrido, como nunca imaginó, al morir su hermana, pero no tardó en reponerse, porque su visión conceptual de la muerte consistía en considerar a esta como un hecho por el que, aunque inesperado, no había que preocuparse, pues se trataba de una variable ajena a nuestro control. Morir era irremediable. El momento de morir lo marcaba el azar, no Ivana Suárez. Prueba superada. *Juega en tu tablero ("vida"), no trates de entrometerte en una partida ("muerte") que no te corresponde, porque te masacrarán.* Más adelante, viéndose encerrada, a oscuras, con la cabeza entretenida en una dura batalla psicológica contra la locura por culpa del morbosos juego del sodio de Bruno Barreto, su estabilidad emocional sufrió otro jaque. *Segundo meneo.* No por temer a la muerte. Temía dejar sola a su amada. Otra vez Susana. Siempre por Susana.

La relación con su mujer había supuesto un cambio tan brutal en su vida que, ahora, meses después, le empezaba a pasar factura. Desde el principio sabía que no sería fácil, pero el amor entre ambas era tan grande que creía que caminarían juntas por un sendero prediseñado por algún dibujante cósmico, sendero que se abría justo intersecando sus vidas anteriores, que se venían aproximando cada vez más, para formar una perfecta "y griega". Así había sido, pero Ivana se vio obligada a renunciar a muchísimas más cosas que Susana. No es que la relación basculase por culpa de ese desequilibrio. Lo sabía de antemano y lo aceptaba. Susana había llevado una vida aburrida, plana y tranquila. Además, estaba encorsetada por un chaparrón de tabúes, moralinas y conflictos ideológicos que la habían acribillado desde niña. Bastante había aportado a la balanza al abrir su corazón (más bien su razón) a una relación lésbica.

La decisión de “casarse” no fue precipitada, aunque pudiera parecer lo contrario. Hay parejas que necesitan bastante tiempo para reforzar su seguridad o sus deseos. El cometido de acoplarse no suele ser fácil. Pero ellas, a pesar del complicado comienzo (o quizá gracias a él), se dieron cuenta de que la huella que las estaba horadando era demasiado profunda. Intentar extirparla con cirugía implicaba un riesgo extremo de quedar despedazadas en la mesa de operaciones.

—¿Qué te ocurre, Ivana? Jamás te había visto así. No entiendo tu mal humor. Yo soy la que debería estar enfadada, ¿no te parece?

—¡Ah!, ¿sí? ¿Por qué? ¿Limitas mi libertad individual y, además, tienes derecho a enfadarte? ¿Cómo te va el drama, cariño!

—¿Libertad? ¿Crees que ponerme los cuernos es un asunto de libertad individual?

—¡No me jodas! ¿Quién te ha puesto los cuernos?

—Si no te freno, ahora estarías revolcándote con PepeTom en nuestra cama. ¡Es increíble! ¡Ni siquiera me respetas a mí...! ¡A tu mujer!

—Te he consultado... —replicó Ivana—. Te he pedido tu opinión, tu... consentimiento. Eso, querida, no es precisamente poner los cuernos. Nunca te he engañado ni lo haré. Sin embargo, tú... ¿me has consultado sobre ese viaje a Madrid? ¿Cómo sé que no le vas a echar un polvo a Ulises Ejido?

—¡No digas sandeces! ¿Crees que voy a permitir que te folles a PepeTom delante de mí? ¿En mi casa? ¿Crees que después voy a dejar que me toques? No me conoces, Ivana.

—¡Solo es sexo, joder! Hace tiempo que no veíamos a Tom. Yo... he recordado cosas del pasado y me dio un calentón. Por eso...

—Por eso le preguntaste que si quería follar. “Si a Susana no le importa, claro”. Me has dejado como una... Me has... avergonzado.

—Solo te pedí permiso. Bastaba con que me dijeras que no te parecía bien, no hace falta que me montes esta bulla.

Dado que el apetito sexual de Susana era frugal en comparación con el suyo, la exrapera no practicaba sexo desde hacía casi una semana, y eso, para ella, era un intervalo de tiempo suficiente como para alterar su estado de ánimo. Siempre había necesitado una dosis pautada de sexo para combatir la enfermedad: su “bioquímica sanguínea” revelaba un déficit de buen humor en la joven; para paliarlo, el terapeuta imaginario recetaba un buen polvo. Suficiente. Igual que el efecto de un chute de insulina para un diabético, follando se sentiría emocionalmente curada hasta que la adicción volviese a importunarla.

Ivana no había tenido tacto y lo sabía. La manera de abordar a PepeTom, sin consultar antes a Susana, había colocado a esta en un compromiso. Había olvidado que su mujer no era como ella. A Susana le faltaba espontaneidad para responder a una situación así, y sufría por ello. *¿Celos a tu edad, pequeña?* Incluso Tom fue capaz de adelantarse, echándole una mano, al captar que la reacción de Susana era de una clara introversión explosiva. “No creo que sea buena idea, Ivana. Tendríais que hablarlo primero vosotras”.

José Tomás Ropy (Pepe para la mitad de sus amigos, Tom para la otra mitad; Negro José Ropy para el indeseable Nara, y PepeTom solo para Susana), sin quererlo, había incrustado una fisura en la relación de pareja. Aun así, ambas estaban dispuestas a atajarla con sólidos puntos de sutura para impedir su extensión.

PALÍNDROMO:

Mote: PepeTom



Tampoco estaba muy seguro de lo que buscaba. Por eso sintió que estaba haciendo el ridículo al sopesar una correlación esotérica entre las dos muertes. Claro que ellos (la policía) no lo sabían. No podía llegar y pedirle a Barrios que averiguase si a Mauricio le había disparado algún arcángel o un extraterrestre antes que el perturbado. *¿Una segunda bala invisible de calibre galáctico?* ¿Se reirían o, peor aún, se apiadarían de él! Tacto. Era tacto lo que necesitaba, pero reconocía que no era un experto en manejarlo.

En cuanto a la tablilla con la palabra “MALDITOS” que llevaba *Lameculos* en su bata, cada vez se le hacía más nítida. Sam Giner llevaba una igual tras la invocación de 1980. Podría jurar que no la portaba antes de ser abducido. O se la habían dado “ELLOS”, o la llevaba escondida para ambientar, con su aparición “de la nada”, un espectacular truco de magia. La pieza de madera colgaba de una cadena, en su cuello, a modo de amuleto. En aquellos momentos no tenía inscrita la terrorífica palabra. De haber sido así, Trapus lo recordaría.

En comisaría, la primera decepción que se llevó el detective fue la noticia de que Juan Barrios no tenía turno de trabajo en aquel instante. De entrada se le ocurrió marcharse y regresar en otro momento, pero se lo pensó mejor. Quizá Barrios no estuviese familiarizado con el asunto de la masacre de Adeje y él perdería el tiempo dos veces. La otra decepción fue la respuesta que, a la pregunta que formuló, le dio el agente de recepción.

—Verá, Martínez... Si Barrios no está... Realmente quería saber una cosa, porque puede estar relacionado con un asunto que investigo. ¿Quién está al mando del caso de los asesinatos en el Centro Cultural de Adeje?

—El inspector Jorge Nara.

Solo oír pronunciar su nombre hacía que sus recuerdos se acribillaran de nostalgia masoquista. No podía evitarlo; en el pasado había trabajado para el inspector, aunque no toda la convivencia había sido tortuosa. Nara lo despreciaba y solía mofarse de él, pero creía que, en el fondo, admiraba su talento, su instinto para detectar el delito. Girard decidió tragarse todas las rencillas pendientes que se interpusieron entre ambos, cual telón de acero, durante la investigación de “el asesino del rap”. Tras detenerse ante ella y respirar profundo, golpeó la puerta del inspector.

—Adelante.

El encuentro visual fue brutalmente incómodo. Nara no había perdonado (ni pensaba hacerlo) que le hubiesen dejado al margen en la resolución televisiva, por parte de Julieta, del secuestro de la perra Ivana. El programa “La rana en la pecera” había contado con Juan Barrios entre los invitados, pero Ivana y Susana, su propia sobrina, lo habían vetado a él. No es que le echara la culpa a Trapus, pero sí era cierto que el regordete exsubinspector jugaba en el equipo femenino.

Girard escrutó al inspector, quien, a su vez, lo observaba desde su sillón tras su enorme mesa atestada de papeles. Jorge Nara llevaba la maldad cosida a la sangre con agujas de punto de cruz. Era demasiado clásico y repulsivo. Trapus también lo era, claro, pero sin premeditación; a diferencia del inspector, el detective podía llegar a causar en la gente algo así como lástima. Y risa. En el fondo se hacía querer, pues parecía inocente y exento de responsabilidad respecto a su forma de ser. Quizá el arcángel repartidor de roles era quien tenía la culpa de su machismo precámbrico y de su patetismo; Trapus había nacido con ellos, se los habían insertado. Pero el monstruo Jorge Nara se había hecho a sí mismo y todos lo sabían. Era complicado no odiarlo.

—¡Caramba, Trapus! ¿Qué te trae por aquí?

—La pérdida de un amigo... De dos.

Nara se revolvió en la silla. Lo menos que se podía esperar era que, un lunes por la mañana, resurgiera el patoso “subinspector de los cojones” (ahora detective y, al parecer, penitente) para arrepentirse y humillarse. *¡Pero...! ¿Quieres que hagamos las paces? ¿Tan importante soy para ti? ¿Me has llamado “amigo”?*

—¿Por qué...?

El inspector recapacitó. Su ágil mente policial, tras la confusión inicial por la absurda e irracional irrupción de un fósil, reaccionó.

—O sea que... ¡te va mal el negocio!, ¿verdad? ¿Quieres recuperar tu trabajo aquí y pretendes camelarme para que te ayude!

—¿Qué quiere decir, inspector? —inquirió Trapus, desconcertado.

—¿Cómo puedes rebajarte así? ¡Eres patético, como siempre! ¿Piensas que dándome lástima voy a...? ¡Joder! ¡Lárgate!

—¿Por qué dice esas cosas tan raras, inspector? ¿Ha estado usted... bebiendo? ¿En el trabajo? Si es así le guardaré el secreto. Sabe que puede contar conmigo, soy una tumba. ¿Tiene problemas personales? —se compadeció Trapus, pensando en que, más que de alcohol, Nara podría estar siendo víctima de alguna enfermedad mental degenerativa.

—¿Bebiendo yo, hijoputa? ¿Primero me haces la pelota y luego me insultas? ¡Quiero que salgas de este recinto, enano ridículo!

—Debería acudir a un médico, señor. Él podría explicarle los motivos de su conducta. Yo le recomendaría alguno con gusto, pero... mi especialidad es el aparato digestivo. Me refiero a mis patologías, ya sabe. Últimamente también tengo mal el cuello, pero todavía no he acudido a un...

—¿De qué demonios está hablando? ¿Se ha vuelto loco?

—¿Loco? ¿Yo..., inspector? Su actitud es preocupante. ¿Acaso está resentido conmigo por algo? El pasado es el pasado. Solo quiero que me hable de Mauricio.

—¿Mauricio? ¿Quién coño es Mauricio?

—Pues... ¿no lleva usted el caso de la matanza de Adeje? Me han dicho ahí fuera...

—Sí, yo llevé la investigación, pero no existe ese caso. Me refiero a que es un caso cerrado a nivel policial. ¿Tiene usted algo que aportar? —preguntó Jorge, con su habitual giro en la forma de dirigirse a Girard (a veces mediante tuteo, otras veces no).

—Pues... —titubeó Girard.

—Mauricio... Sí, era el profesor asesinado. ¿Qué pasa con él, Trapus?

—Era mi amigo —mintió; solo lo conocía.

Jorge rebobinó los últimos minutos y, reconociéndose a sí mismo que había hecho el ridículo más espantoso, deseó que estos no hubiesen existido. Se había precipitado al interpretar frívolamente las palabras de Trapus. *La pérdida de un amigo*. Observó al detective con mayor detenimiento. Trapus parecía casi ausente. Su estado de nervios hablaba solo, contundente. Por supuesto, Girard no había venido a su despacho para compartir la infeliz noticia de que conocía al profesor. Algo le preocupaba.

—Lo lamento por ti, Trapus. ¿Qué quieres de mí?

Era la pregunta incómoda a la que había venido a someterse. Tarde o temprano llegaría este momento; momento en el que Nara le pedía explicaciones. Marcelo Girard le había estado dando muchas vueltas, y su intención final era la de decir la verdad; a medias. No pensaba darle gusto. No estaba dispuesto a mostrarse como un lunático ni a exhibir ante el inspector el miedo que lo atenazaba. ¿Sería igual que masturbarlo (a Nara)!

—Pues verá, señor, solo quería información. Es para tranquilizar a un amigo, ya sabe.

—No, no sé. ¿Qué información buscas? Tus palabras son muy raras, Trapus. Si te dejases de rodeos terminaríamos antes. Tengo muchísimo trabajo.

—Por casualidad ¿encontraron algo fuera de lo común en la muerte del profesor?

—Sí, Trapus. ¿Cómo lo sabe? ¡Es usted muy listo!

—No, señor, solo es por... Es que... alguien piensa que puede haber una relación entre... ¡Yo no lo creo, claro!

—Sigo sin entenderle. Si ya ha terminado de hacer el burro le pido que se marche. No tengo tiempo para...

—¿Qué es lo que encontraron?

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe, algo fuera de lo común —insistió Girard.

—¡Ah, sí! En la muerte del profesor, claro. Verá, resulta que no murió de viejo ni de un infarto. Ni siquiera de un accidente de tráfico. Un fanático islamista entró en su clase y le disparó. ¿Le parece eso fuera de lo común o para usted entra dentro de lo habitual? —respondió con sorna.

—¿Ha dicho “fanático islamista”? ¿Quiere decir que murió por motivos religiosos?

—Intuyo que esto es un concurso de decir sandeces en el que participa usted solo y, de momento, va ganando por goleada. Nadie ha hablado de motivos religiosos. Se trata de un chalado que entra armado en su aula y se carga a todo el que se le pone por delante. Quizá quería imponer la religión por la fuerza y usted tiene razón, quién sabe. En todo caso, Roger habría matado por motivos religiosos, pero Mauricio no murió por motivos religiosos —contestó Nara, cada vez más indignado.

El inspector se levantó y se dirigió a la puerta para invitar a Girard a marcharse. El detective permaneció frente a él, pensativo y ausente. Jorge Nara, en un arrebato de compasión, optó por no violentar la tensa conversación. Al fin y al cabo, el profesor era amigo de Girard, quizá íntimo.

—Escuche, Trapus, siento mucho que su amigo haya fallecido, pero es un hecho irreversible y el asesino ya no existe. Si busca consuelo, este no es el lugar adecuado.

—Debe usted investigar a Sam Giner —sorprendió Girard.

—¿Al predicador? Pero... ¿ha venido a tomarme el pelo, o... a hacerse el misterioso?

—El predicador y yo nos conocemos desde hace muchos años. Éramos... una pandilla. Mauricio salía con nosotros en aquella época.

—¿Y bien?

—Ayer fui al entierro de mi mejor amigo. *Lameculos*. También era amigo de Sam Giner y de Mauricio —afirmó muy serio y con rostro preocupado, intentando generar intriga.

A pesar de su entonación esotérica, Marcelo se dio cuenta de que no había causado ningún efecto en el inspector. O este era muy corto, o excesivamente frío para relacionar cosas más allá de las pruebas científicas.

—¿Es que no lo ve? —insistió—. ¡Dos muertes en pocos días!

Por la expresión de sorpresa del inspector, Trapus interpretó que (¡ahora sí!) estaba reaccionando. Pero...

—¿Insinúa...? ¿Se puede saber qué le pasa? ¿Ha perdido el norte? ¡Un detective no será un policía, pero tampoco es un oculista!

¿Qué te pasa, bonsái? ¿Olvidas que Nara no estaba en 1980 durante la invocación? Él no maneja tu información. ¡Y tú no estás dispuesto a dársela!

—No me malinterprete, inspector. Yo no creo que exista tal relación entre las muertes. Ha sido Sam Giner quien lo ha sugerido. Por eso decía...

—¿De qué murió... el otro? ¿Cómo lo ha llamado?

—*Lameculos* —respondió Trapus.

—¿*Lameculos*? ¡Déjelo, no me lo explique! ¿Ha sido asesinado por otro chalado? Me habría enterado, Trapus.

—No, ha muerto de cáncer de pulmón.

Jorge Nara se quedó petrificado. La absurda situación escenificada por Girard se tornaba irracional y febril. ¿Quería relacionar la muerte de una azarosa víctima de un crimen masivo con la de un enfermo terminal? Lo más disparatado del caso consistía en que no era el planteamiento de un loco buscando notoriedad, sino del mejor policía que había trabajado con él. El inspector sufrió un súbito ataque de angustia. Trapus (¡ya!) recibía visitas de la decrepitud mental. Por la edad, ¡pronto podrían llamar también a su puerta!

—Veo que estas muertes le han afectado mucho, Trapus.

—¡Oh! No lo crea, señor. Bueno, la de Rubén sí..., un poco. Lo que me afecta son las palabras de Sam Giner.

—¿Rubén? ¿Quién es Rubén?

—El *Lameculos*, señor.

—¡Joder! Mire, váyase a casa y trate de descansar. Supongo... ¡Espere! Creo que ya lo entiendo. Ese predicador es muy hábil. ¡Es un manipulador de mentes! Le ha metido a usted ideas descabelladas en la cabeza. Por un momento pensé que estaba desvariando usted solo, sin ayuda, pero debe ser por culpa suya. Le aconsejo que elija mejor a sus amigos.

—Puede que tenga razón —reconoció Girard.

—Y ese Rubén... ¿Por qué lo llama usted *Lameculos*? —giró diestramente Nara para abandonar el “canal de dibujos animados”.

—Fue árbitro de fútbol. Era un auténtico pelota con el estamento arbitral, e incluso con los equipos de fútbol. Y también

con la Federación. Por eso le pusieron ese mote. A él no le importaba, al contrario. ¡Le gustaba! Casi nos exigía que lo llamáramos así. Tenía un carácter muy jovial. Bueno, inspector, creo que le he entretenido demasiado. Solo le pido que investigue a Sam Giner, no sea que...

—¿... que usted sea el próximo? —remató Nara—. ¡No me joda!

—Sam me dijo que estaba asustado, pero yo no lo creo. Más bien quería asustarme a mí —comentó el detective cuando se disponía a salir del despacho.

—No le haga caso. Le aseguro que nada tiene que ver una enfermedad irreversible con un musulmán fanático. Ambos pueden matar, pero por causas muy diferentes.

—Sí, claro. Sam Giner está loco. Si le llego a hablar de la tablilla habría construido un guion apocalíptico.

—¿De qué tablilla habla?

—¿Eh? Sí, verá... Resulta que *Lameculos* tenía un curioso amuleto escondido. Una pequeña pieza de madera con forma...

—¿Escondido? ¿Qué quiere decir, Trapus? —interrogó el inspector.

—Pues que ni siquiera su mujer sabía que existía. No es que apareciera en su casa, entre sus cosas, después de morir. No. Lo tenía con él en el hospital. Y eso le pareció muy extraño a su mujer.

—Todo el mundo hace cosas extrañas.

—Como le digo, lo llevaba con él. Estaba en el bolsillo de su bata. La viuda creyó que pertenecía a algún enfermero del hospital, pero era de Rubén.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Nara por cortesía. O eso creía. *¿Dónde he visto yo esa película?*

—Pues... —dudó Marcelo; no pensaba decirle que Sam tenía una igual en 1980—. Nadie la reclamó.

El inspector agudizó los cinco sentidos, pues su subconsciente estaba emitiendo una señal de alerta.

—¿Cómo era la tablilla? —preguntó.

—En forma de estrella. Con solo tres puntas.

—¡Joder! ¿No habrá...? ¿Se ha hecho usted una analítica? Puede ser que su memoria le esté jugando una mala pasada, Trapus.

—No le entiendo, inspector. Mis pruebas clínicas son...

—El sodio. ¿Te has mirado el sodio? ¿Recuerdas lo que le pasó a la puta... a Ivana?

—Sigo sin comprender.

—Supongo que habló con la viuda y le contó lo de ese amuleto, ¿verdad?

—Eso he dicho —afirmó Girard.

—Pues me temo que los dos entierros le han atrofiado el cerebro. ¡Los ha mezclado!

—¿Los he mezclado? —se sorprendió el detective.

—¡Claro! La mujer que le contó lo de ese amuleto es la viuda de Mauricio, el profesor. ¡No la de ese tal *Lameculos*! Ha confundido a las viudas.

—¿Quiere decir que Jennifer... se casó también con Mauricio? ¿Y regresó para cuidar a Rubén cuando este enfermó?

—¿Jennifer? ¿Quién es esa?

—La viuda de... Dígamelo usted, inspector.

—Supongo que la viuda de Rubén. Pero estás mezclando. Fue la otra viuda la que te habló de la tablilla.

—Nunca he visto a la otra viuda. Además, estaba dando a luz durante el funeral, creo. La confundí con su madre. ¡No vea qué vergüenza pasé!

—¡Déjese de tonterías, Trapus! ¿Hablamos de una tablilla con una inscripción? ¿La palabra “MALDITOS”? ¿Con una M en el reverso?

—Sí, señor.

—Pero Trapus... Estaba en el cadáver del prof...

—¿Ha dicho usted M? —reaccionó Trapus.

—En mayúscula.

—Bueno, entonces hablamos de distintas tablillas, inspector.

—¿Distintas tab...?

—La mía tiene la letra L.

—¿La suya? —bramó Jorge, con la cabeza a punto de abandonar la cordura por agotamiento.

—Eso lo explica todo. Usted habló con una viuda y yo con la otra. Usted se refiere al amuleto del profesor y yo al del árbitro.

—Yo no hablé de ese amuleto con la señora May Gómez, detective. Solo sé que lo llevaba en el bolsillo de su pantalón cuando fue abatido por ese muchacho medio musulmán.

Marcelo Girard, aturdido por el desquiciante diálogo, hizo una pausa para procesar. *¿Qué acabas de decir, Trapus? ¿Dos muertes, dos amuletos?* Al hacerlo, su zona más vulnerable (el aparato digestivo) lo castigó de la forma más brutal posible. ¡Sí, había ocurrido! ¡Se había defecado encima de los calzoncillos! Posiblemente no sería mucho, había que desdramatizar las consecuencias, pero sí lo suficiente para que Nara se diese cuenta, ya fuere por lo colorado que él se había puesto o por el olor que pronto se extendería.

—¿Usted la ha visto, Trapus?

—¡Tengo que irme, inspector! —alcanzó a decir con los dientes apretados para contener nuevas amenazas de sus deposiciones.

—¿Irse? ¿Ahora? ¿Qué me está ocultando? ¿Vio la tablilla o solo oyó hablar de ella?

Girard decidió que lo mejor en su situación era emitir frases cortas, monosilábicas a ser posible. Quizá así pudiese negociar una tregua con los intestinos.

—La vi.

—Yo también. ¿Seguro que era una L? ¿En mayúscula?

—Sí.

—¿A qué huele?

El rostro de Girard intensificó su matiz en la escala de rojos, evolucionando hacia el granate.

—Inspector —disimuló—, ¿qué significan esas letras?

—¿Me lo pregunta a mí? No sé, creía que la M era la inicial de Mauricio.

—Eso es correcto, señor. La inicial de Mauricio es la letra M.

—¿Qué? Lo sé. Me refiero a la razón de su existencia en su amuleto.

—Y entonces... ¿la L?

—La L de *Lameculos* —bromeó Nara.

—No lo había pensado.

—Supongo que no lo dirá en serio. Se llama Rubén, ¿verdad? Eso ha dicho usted. No creo que compre o se fabrique un amuleto con la letra de su desagradable apodo. Sería ridículo. Pero... ¿a qué coño huele aquí?

—Tenemos dos tablillas y dos letras. No sé, podría ser...

—¡Oiga, Trapus! Si va a pasear su fantasía otra vez, hágalo fuera de las dependencias policiales. Como le he dicho, tengo mucho trabajo.

El detective Marcelo Girard estaba sorprendido. En los asesinatos del caso conocido como “el asesino del rap” la actitud

de Nara también había sido contradictoria. Esa actitud fue la responsable de que Trapus lo denunciase a sus superiores. Ahora, de nuevo, Nara se comportaba de manera ilógica, por lo menos exteriormente, pero en sentido contrario a aquella ocasión.

Cuando Raúl mató a su hermano, el rapero Ricky Roque, todas las apuestas racionales “confirmaban” que la muerte había sido accidental. Solo Nara parecía dispuesto a aplicar razonamientos fantásticos y esotéricos. Pero, claro, tenía un motivo. Joder a Ivana Suárez o apalea a Negro José Ropy. O ambas cosas. Ocurrió que, finalmente, gracias a su perseverancia, Raúl volvió a asesinar y se pudo demostrar que el inspector llevaba parte de razón. No en su sospechoso, Nara había apuntado mal (tal vez a propósito), pero sí en la teoría de asesinato.

Ahora actuaba a la inversa. La relación entre las dos muertes era, de entrada, muy forzada, pero la aparición de las tablillas elevaba el coeficiente de correlación sustancialmente. ¡Y Nara parecía dispuesto a dar carpetazo al asunto!

Girard lo tenía claro. El episodio de la invocación jamás saldría de su boca en dirección a las duras orejas del inspector. ¡Se burlaría de él!

—¿De qué se conocen todos ustedes, Trapus? ¿Por qué hay que relacionar, según usted, ambos cuerpos, no solo entre sí, sino que está insinuando que usted y Sam tienen algo que ver en las muertes?

“Tienen algo que ver en las muertes”. Nara adoptaba una actitud provocadora, más para que Trapus se largase y lo dejase en paz que para amenazarlo de ser “el asesino por telepatía”.

—Éramos... un grupo de amigos. Solo eso.

Marcelo Girard se había olvidado de sus calzoncillos. Ni siquiera captaba el olor, aunque Nara se lo recordaba continuamente con gestos como abrir la puerta y la ventana, echarse aire en la cara mediante palmeo...

—¿Amigos dice, Trapus?

—Investigue usted a Sam Giner —repitió—. Fue él quien relacionó ambas muertes.

Que Sam le cuente, si quiere, los detalles, y que lo tomen por loco a él.

—¿Que lo investigue, majadero? No voy a perder el tiempo en cruzar datos curiosos de un enfermo de cáncer y una víctima de asesinato.

—¿Enfermo? ¡Está muerto!

—Mire, Trapus, si quiere hacer correlaciones esotéricas, vaya a un parapsicólogo o a un exorcista. Desde que abandonó el Cuerpo Nacional de Policía parece que se le ha ido un poco la olla.

—¿Cómo explica lo de los amuletos?

—Fácil. De hecho, puede haber varias explicaciones. La más simple es que ambos compraron o fabricaron la tablilla. O bien... Un representante de tablillas se las vendió o se las regaló, por ejemplo. Quizá el árbitro las fabrica y le dio una a su amigo.

—¿Las fabrica?

—Claro. Supongo que tendrá alguna profesión sin ser la de exárbitro. Puede que fuera carpintero, como San José, y se dedicara a tallar la madera —se burló el inspector.

—No hablará en serio. No era carpintero, señor. Se lo aseguro. Puedo demostrarle que...

—Era una broma, Trapus. Mire, el que las muertes hayan ocurrido tan seguidas es un hecho casual. Y las tablillas... Hay otras opciones. Imagine que alguien quiso bromear y colocó esos amuletos en los cadáveres.

—Eso explicaría que ninguna de las viudas supiese de su existencia —dedujo Trapus—. Pero la tablilla de Rubén no estaba

en el cadáver... Aun así, puede que tenga razón. Podría ser Sam Giner.

—A lo mejor se las regaló Sam Giner. No tiene por qué haber sido una broma. Incluso... Se me ocurre otra idea, Trapus —fantaseó Nara, festivo—. Una de las viudas, al no aceptar lo ocurrido, quiere alargar el velatorio antes de perder a su marido para siempre. ¡Pretendería despistarnos para que sigamos hablando del difunto! ¿Se ha cagado usted, Trapus? ¡El olor no se va!

—Tiene usted razón, inspector. Su despacho huele muy mal. Será mejor que me vaya.

Al salir, tras esnifar mierda e intercambiar cotilleos, Trapus decidió que era la hora de recurrir a Julieta.

PALÍNDROMO:

Allí tocaba fin, se esnifaba, cotilla



Al contrario que Ivana, Susana y Julieta eran incapaces de contener la carcajada. La exrapera escrutaba, atónita, al grotesco personaje que se había colocado frente a ellas para regalarles unas risas e incredulidad. En definitiva, fantasía. Marcelo Girard. *La corbata, ¡vale!, tan churrosa como siempre, llena de pegotes de salsa de tomate enmohecida. La grasa facial, mezcla de sudor y otras inciertas excreciones, ¡vale!; quizá más pringosa y apestosa que otras veces. El rostro serio (para insuflar solemnidad a su discurso) no era ninguna novedad. ¡Pero los zapatos...! Tu capacidad para sorprender es inagotable, Marcelo.*

—¿Qué te pasa en los pies, Marcelo?

—¿Qué quiere decir, señora Suárez?

—¿No le duelen?

—¿Los pies? No, pero tengo el cuello hecho polvo. Son las cervicales, ¿sabe?

Girard las había telefonado a mediodía para hablar con ellas. Le explicó a Susana, con quien habló, que le gustaría contar, además, con la presencia de la niña, siempre y cuando sus padres y sus tareas escolares se lo permitiesen. Al solicitarle ella una explicación, el detective le comunicó que prefería hablar con ellas en persona, pero sí adelantó que se trataba de un asunto urgente. Según le comentó Ivana a su mujer después de que esta colgara, no existía ningún asunto urgente posible, porque los asuntos urgentes (entre Trapus y ellas) pertenecían al pasado. Un pasado muy reciente, eso sí. Susana se había encargado de traer a Julieta desde El Sauzal. Trapus había llegado puntual, casi un minuto antes de la hora de la cita.

—Pasa y siéntate, Marcelo —invitó Susana.

—Gracias, señora Mesa. No sabe cuánto se lo agradezco. Tengo los pies cansados y me vendrá bien.

Julieta no pudo aguantarse. Fue ella quien dio la entrada al estridente coro a tres de risotadas. Girard las miraba, serio y estupefacto, lo que redoblaba las risas de las chicas.

—¿Pasa algo, señoras... y señorita?

Conscientes de que la burla estaba tocando el clímax, su incontinencia se ensañó aún más con el desdichado detective, quien no entendía por qué actuaban así. Estaba claro que no sabía nada de los zapatos.

—Es que... —dijo Julieta—. Detective Girard... ¡Ja, ja, ja! Son... ¡Ja, ja, ja! Primero dice que no le duelen... ¡Ja, ja...! ¡Los pies! ¡Ja, ja, ja! Pero los tiene... ¿...cansados ha dicho? ¡Ja, ja, ja!

—Pues... no le veo la gracia, señorita Julieta.

—Es que tiene usted un... ¡Ja, ja, ja! —festejó, reforzada por unas desternillantes Ivana y Susana, que se revolcaban acostadas encima del propio parquet—. Tiene un zapato de cada color. ¡Ja, ja...!

Marcelo bajó la vista y, al darse cuenta, lejos de ruborizarse, le restó importancia al hecho.

—¡Oh! Es verdad, no me había dado cuenta. Verán, necesito hablar con ustedes para una nueva misión.

Ivana y su mujer intentaban recomponerse, pero el tono misterioso y las irracionales palabras de Trapus les ralentizaba la recuperación.

—¿Una misión? ¡Ja, ja, ja!

—Detective —dijo Ivana, intentando no reírse—, ¿uno marrón y otro blanco?

—¿A qué se refiere, señora Suárez?

—¡Joder, Marcelo! A los zapatos. Es que... ¿todavía se usan los zapatos blancos? ¡Ja, ja...!

—¿Y los mocasines marrones? ¿También están de moda? —aportó Susana a la burla descarnada.

—Debe ser que abrí el armario y cogí dos zapatos sin mirar —se explicó él, incómodo; no por las chanzas, sino porque tenía ansiedad por abordar el tema que lo había llevado hasta ellas.

—Señor Girard, creo que el blanco le queda pequeño. Debe apretarle, por eso le duelen los pies —apuntó la pequeña—. ¿Qué número calza usted?

—El treinta y nueve —exclamó, orgulloso, con el mentón hacia arriba.

—¿El treinta y nueve? —corearon a dúo las dos mujeres.

—¿Desde cuándo tienes esos mocasines blancos, Marcelo? —interrogó Ivana.

—¿Le gustan? En mi época los usaba para ir a la discoteca. Ahora están un poco pasados de moda, así que no me los pongo mucho.

—¿Un poco? —expresó Susana—. Díganos, ¿de qué quería hablarnos?

Trapus se percató de que, igual que hacía su tío Jorge Nara, también Susana tenía la extraña costumbre social de no definirse en el trato dispensado. *¿En qué quedamos? ¿Tú o usted?* A Ivana no solía pasarle. Trapus teorizaba una explicación para ese hecho. Era una simple cuestión genética.

—Se trata de un asunto muy extraño. Es difícil exponerlo sin que lo tomen a uno por loco, pero lo intentaré. ¿Conocen ustedes a Sam Giner?

—Claro, señor Girard —contestó Julieta—. El famoso de la tele. No lo conocemos en persona pero sabemos quién es. Por lo menos yo.

—No, nosotras tampoco lo conocemos en persona, ¿verdad, Susana?

—Pues resulta que yo sí que le conozco en persona —afirmó Trapus con una ráfaga entrante de orgullo que, por momentos, lograba mitigar el miedo.

Las tres se sorprendieron por la revelación. No era que tuviera importancia para ellas ni para sus vidas, pero les chocaba que Trapus se pudiese codear con alguien tan famoso. También era posible que el detective fuese, simplemente, un feligrés de la iglesia de Giner. Conocerlo en persona no tenía que implicar necesariamente salir con él de copas. Pero, claro, también Ulises Ejido era famoso (no tanto) y sí que era amigo del detective. Eso sí, a Ulises le gustaba Trapus porque lo hacía reír, mientras que el famoso predicador, Sam Giner, no transmitía un oculto carácter tan inmaduro como para necesitar un bufón a su lado.

La fama del predicador no se limitaba a circular dentro de las fronteras canarias. Tampoco era una fama a nivel nacional. Había traspasado Los Pirineos (primero) y la Comunidad Europea para cruzar el Atlántico. En cualquier punto del globo se sabía

quién era Sam Giner. Era algo así como el papa, pero Su Santidad tenía la ventaja de contar con una afición más numerosa, fiel y ruidosa. La razón era obvia. La iglesia católica es una iglesia jerarquizada, vertical. La evangélica se caracteriza por la horizontalidad de sus pastores. Entre estos pastores estaba Sam Giner, quien había logrado posicionarse, dentro de esa horizontalidad, en un plano superior al resto en cuanto a popularidad.

—Siéntate y preparo café —ofreció Ivana.

Acomodados alrededor de la mesa de la cocina, la cafeína niveló (paradójicamente) la desternillante adrenalina con la que Trapus y sus zapatos habían bendecido la casa al entrar.

—Veo que nuestra pequeña amiga también toma café. Haces bien, pequeña. Yo antes no tomaba, pero escuché una noticia sobre los beneficios de la cafeína incluso en niños.

—Solo le doy un poco y con mucha agua —aclaró Susana—. Pero guárdenos el secreto, Girard, porque su madre, si se entera, me mataría. ¿Ha dicho... sugerido... que quiere hablarnos de Sam Giner? ¿De qué lo conoce?

—Es una historia muy larga y... muy extraña. En realidad yo era amigo del *Lameculos*. Pero él andaba...

—¿*Lameculos*? ¡Ja, ja, ja...! —estalló Julieta, agradeciendo a Susana, con la mirada, el hecho de que hoy la hubiese invitado a una sesión con el mejor humorista que conocía (fuese personal o televisivamente).

—Bien, se llama Rubén. Lo que pasa es que... ¡Da igual! Era mi mejor amigo cuando teníamos algo más de veinte años. Él era árbitro de fútbol. Muy bueno, por cierto. ¡Lástima que el tabaco le pasara factura física! La viuda piensa...

—Marcelo, ¿podrías ser un poco más directo?

—¡Oh! Por supuesto, señora Suárez. ¿Me estoy yendo por las ramas?

—Más bien se está usted liando —corrigió la pequeña palindromista.

—Rubén “el Lameculos” y yo íbamos juntos a ligar a las discotecas.

—¿Quién tenía más suerte? —bromeó cruelmente Susana.

—¿Suerte? ¿Ligando? Pues... él... conoció a su mujer y yo también. Luego empezamos a salir los tres, pero eso fue más adelante. Jennifer podría haber sido para cualquiera de los dos. Lo que pasa es que yo no me decidía por ninguna chica en concreto, así que *Lameculos* la cogió primero.

—¿“La cogió primero”? ¿Esa tal Jennifer era una mujer o una flor?

—Yo diría que ambas cosas, señora Suárez. Pero me están ustedes dispersando. Ella no pinta nada en esta historia.

El improvisado guion de la obra que se estaba desarrollando superaba con creces todas las expectativas de Julieta. Estaba allí, ante él, en primera fila y sin pagar entrada, divirtiéndose como nunca.

—Señor Girard —dijo Julieta—, ¿por qué no invitó a su amigo a esta velada? Seguro que se lo estaría pasando pipa.

—Es que, verás, señorita Julieta, él ha muerto.

Una sensación de fuego le subió a Julieta por el tubo digestivo. Miró a Ivana y a Susana para certificar que les estaba pasando lo mismo, pero no fue así. En esta ocasión, Julieta estaba siendo más lenta de reflejos. Claro que, la confusión, la había creado ella misma.

—¿Ulises Ejido... está... muerto? ¡Pero...! Mañana pensábamos...

—¿Ulises? —se sorprendió Susana. ¿Quién te lo ha dicho, Julieta?

Curiosamente fue Trapus quien demostró tener la mente más lúcida. Y ello a pesar del miedo que llevaba en los bolsillos.

—No, señorita. ¿Me preguntaba por Ulises? Yo creí... Es el *Lameculos* el que ha muerto.

—¡Ah!

—Continúo. *Lameculos* empezó a salir con un grupo de gente muy rara. Ya eran amigos suyos cuando yo salía con él, pero su relación había sido superficial. De repente me dejó de lado y se fue con ellos. Yo sufrí mucho.

—¡Caramba, detective! ¿Está usted hablando de un desengaño amoroso? ¿Se lo tenía muy callado! —envenenó Ivana, tratando de hurgarle las vísceras para que escupiera más barbaridades.

¿Puede haber alguien más cruel que nosotras? No nos reímos con él, sino de él, directamente.

—¡Por favor! ¿Insinúa que *Lameculos* y yo...? ¿Me produce usted erizamiento en la piel! ¡Quite, quite! Aunque no esté casado, le aseguro que soy muy hombre. ¡Me siento ofendido!

A pesar de haberlo provocado a propósito, las tres se ensañaron con él, sin piedad. Primero Susana, luego Ivana (con toda su mala baba) y, por último, la pequeña.

—¿Acaso los gay no son hombres? ¡No me lo puedo creer! Pero viniendo de usted...

—¡Eres un jodido Cro-Magnon! Pero estoy segura de que si se te pone un buen rabo delante te relames todo. Lo que pasa es que tu cabeza se niega a reconocerlo.

—Señor Girard, no sé si existe la palabra “erizamiento”, pero lo que sí sé es que lo que se eriza es el vello, no la piel.

—Será mejor que siga con el relato, señoras —giró, muy serio e incómodo—. Como les decía, Rubén salía con un grupo de gente muy extraña. Sam Giner era uno de ellos. A mí no me

gustaban muchos sus amistades y me quise mantener al margen. Pero Rubén era muy persuasivo y me convenció para que me integrara en el grupo.

—¿En el grupo de Sam Giner? —preguntó Susana, confusa—. Entonces... ¿se hizo usted evangelista?

—¡Oh, no! No se trataba de religión, no es eso. Era una pandilla de chalados.

—De la cual usted formaba parte según dice —incordió la extrapera.

—Solo lo hice por mi amigo. Yo quería... separarlo de ellos.

—¿Separarlo? ¿De qué coño hablas? ¿Se trataba de una secta? ¿O es que estabas celoso, Marcelo?

Trapus se bloqueó. Había llegado al dichoso punto de inflexión, el momento en que su intachable reputación iba a sufrir un revés. A partir de aquí, ellas no lo mirarían igual. Pero, si quería su ayuda, tenía que contarle todo. Con Julieta (al menos) no funcionaba media verdad, porque ella descifraría la otra mitad, se la escupiría encima y él sentiría estar haciendo un ridículo aún mayor que el que podría gestionar con la verdad completa.

—Una secta... Secta, secta... no exactamente. Jamás me metería en una secta. ¡Salvo para rescatar a un amigo, claro!

—Entonces ¿era o no era una secta? —insistió Susana.

—Se trataba de un equipo de cazadores de ovnis.

—¡Joder, me cago en tus...! —murmuró Ivana, a quien ya no parecían hacerle gracia las extravagancias de Girard. Eran tantas que saturaban.

Julieta y Susana se miraron. Ambas creían que iban a reír a carcajadas, pero se contuvieron. El patetismo de Girard estaba alcanzando tal altura que, en vez de risa, empezaba a inspirar compasión.

—¿Estás de broma, Marcelo?

—No.

—¿Te dedicabas a perseguir... marcianos? ¡Por Dios!

—No exactamente, señora Suárez. Más bien me dedicaba a perseguir y desenmascarar a charlatanes. Quería... salvar a *Lameculos* —justificó sin mucha convicción.

—¿Lo consiguió?

—Pues... Es que... ¡Pasaron cosas! ¡Inexplicables!

—Deduzco... ¡No me jodas, Trapus! —profirió Ivana, traspasando la frontera del respeto—. En vez de salvar a *Lameculos* ¿te abdujeron a ti?

—¿Cómo sabe lo de la abducción? Fue a Sam Giner a quien abducieron, no a mí.

—Se dice “abdujeron” —corrigió la niña, más extrañada por el fondo que por las palabras del detective—. Ivana quiere decir que se hizo usted adepto a la secta, señor Girard.

La cabeza de Julieta le sacaba miles de kilómetros de ventaja a la de Ivana. La pequeña se estaba haciendo una idea bastante aproximada de lo que iba a narrar Girard a continuación.

—No me hice adicto a esa secta, pero reconozco que logran... confundirme..., impresionarme, si quieren que sea sincero.

Julieta pidió a Susana que le dejara lápiz y papel. Ella le proporcionó una pequeña libreta de notas y un bolígrafo de tinta de gel. La pequeña empezó a tomar notas del relato que hacía el detective así como de sus interpretaciones personales e interrogantes generados. Ni Ivana ni Susana sabían por qué lo hacía. *¿Para qué immortalizar en un cuaderno las aberraciones verbales de un chiflado? ¿Para recordarlas algún día y reírte?*

—¿Qué haces, Julieta?

—El señor Marcelo ha dicho que quería ayuda.

—Sí, pero, en tal caso, debería buscarla en una institución mental, no aquí en mi casa... Perdón, en nuestra casa —afirmó Ivana mirando a su mujer.

—Hace bien en tomar notas, señorita. Así no tendré que repetir las partes más... desagradables. Pero le ruego que no le enseñe a nadie esa libreta, porque no me deja en buen lugar. Mi prestigio podría verse en entredicho.

—Por cierto, señor Girard, se dice “adepto”, no “adicto”.

—Detective —apuntó Susana—, quizá sea usted mismo quien no se esté dejando en buen lugar. ¿Qué quiere de nosotras? ¿Que le hagamos un rezado?

—De acuerdo, lo diré. Pero no se rían —titubeó.

—¡Vamos! ¡Adelante! —apremió la propia Susana.

—Tengo miedo.

—¡Hay que joderse! —El grado de incomodidad de Ivana iba en aumento.

—¿Tienen algo de beber? ¿Whisky?

Susana se levantó de la mesa y se acercó al mueble bar que adornaba una esquina del recibidor. Hacía tiempo que no se abría. Ni ella ni Ivana solían beber en casa. Además, últimamente no habían recibido muchas visitas de bebedores. Entonces se acordó de algo. Hacía no muchas horas había estado a punto de coger una botella para prepararle una copa a un amigo, pero se detuvo justo cuando Ivana le propuso al invitado encajarle (entre los dos) a Susana unos atractivos cuernos (consentidos) en la cabeza. *¿Quieres follar conmigo, Tom? ¿Si a Susana no le importa, claro!* Regresó a la cocina entregando un whisky a Trapus y una mirada venenosa a su mujer.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Girard se bebió de un trago todo lo que había en el vaso. Julieta, perspicaz, recogió en su cuaderno el lamentable estado de ánimo que demolía al detective. Parecía nervioso y deshecho, quizá por estarse desnudando ante tres damas. *¿Dónde he dejado hoy mi dignidad?*

—Ocurrió el tres de marzo de 1980. Nos dirigimos a una zona con una fuerte carga energética. Eso decía Sam Giner. Desde el principio se erigió como el líder del grupo. Ya lo era cuando yo me incorporé.

—¿1980? Hace muchos años de eso.

—Sí, lo sé. Éramos muy jóvenes. Sam Giner ya hacía sus primeros pinitos como pastor. ¡Era un charlatán de cojones! ¡Oh! Perdón por mi vocabulario. Yo había llegado de Francia hacía tres o cuatro años y ya estaba trabajando aquí de policía. *Lameculos* era un árbitro pelota que...

—Detective, ¿qué pasó el tres de marzo? —interrumpió Julieta, bolígrafo en mano.

—Como decía, fuimos a los montes de Anaga. Decían que era una zona propicia para los avistamientos por algo energético. Algo... relacionado con la atracción gravitatoria, creo.

—Eso es una estupidez —se impacientó Ivana—. Recuerdo oír patrañas de todo tipo sobre Anaga, pero años después; a finales de los ochenta, más bien. Dinos, Marcelo, ¿qué ocurrió esa noche? Porque supongo que fueron de noche. No tiene gracia ir de día. El cuento perdería la magia. ¿Vio marcianitos?

—¿El cuento? ¿Es que no me cree usted, señora Suárez?

—Eso no importa, sigue.

—Para mí es importante que ustedes me crean. Verán, cuando...

—Está bien, Marcelo, te creo, te creo. ¡Pero haz el favor de ir al puto y jodido grano!

—Sabe usted lo que pienso de ese vocabulario soez en boca de una auténtica dama. Y yo a usted la considero una dama a pesar de su aspecto.

—¿De mi...? ¿Será hijo...? Y yo a usted lo considero un caballero a pesar de tener las neuronas en la entrepierna. Ahora siga o váyase —amenazó.

Girard se llevó el vaso de whisky a la boca para apurar el último trago, pero no pudo ingerir una sola gota. El último trago había coincidido con el primero. Susana y Julieta se miraron, divertidas, mientras el detective ponía cara de decepción. Susana le tomó el vaso y salió de la cocina con él para llenárselo otra vez.

—Como les decía, Sam Giner era el maestro de la ceremonia. Nos colocó a todos en un corro a su alrededor. Pero...

—Espere, espere —interrumpió la niña—. Tiene que aclararnos dos cosas. Primero, ¿quiénes eran “todos”?

—Seis o siete personas, si no recuerdo mal —se apresuró a contestar antes de que Juli formulara la segunda cuestión—. Yo...no me acuerdo de todos, pero... Tendría... Podría confirmarlo, sí. Seguro que guardo alguna foto de aquella época. Una foto me refrescará la memoria. Bien...

—Otra cosa, señor Girard. ¿Ha dicho “ceremonia”? Para avisar ovnis ¿no basta con mirar al cielo?

—No lo sé, pequeña damisela. Sam Giner hizo una invocación, él era el experto. Yo, la verdad, de estas cosas...

—¿A quién invocó? —se interesó Julieta.

—Tampoco estoy seguro. No recuerdo. Pronunció una sarta de palabras místicas, las típicas en estos casos. Como las que aplican los santeros y los maestros del vudú.

—¿Vudú? —se sorprendió Susana, que venía entrando de nuevo con el segundo whisky.

—¿No se dice así? Ya saben, invocaciones, hablar con muertos y extraterrestres... Esas cosas.

—¡Joder! —se quejó la calva exraperera, cada vez más impaciente—. Está usted mezclando todas las paranoias del ocultismo en una sola. ¿Qué relación tiene invocar a un muerto con un extraterrestre? Y eso del vudú está más relacionado con lo que Jorge Nara le hizo a usted hasta que logró que lo despidieran.

—¡Ya vale, Ivana! —se opuso su mujer a semejante crueldad.

—¿Qué? ¿Acaso no es cierto? Nara manejó como quiso a su muñequito —insistió.

—¡Por favor...! Tienes la opción de no escucharle, pero no puedes humillarlo.

—¿Humillarlo? ¿A quién? ¿Al inspector Nara? No se lo crea, señora Mesa. Su tío sería incapaz de usar malas artes en una investigación. Es un gran profesional, se lo aseguro.

—Pero... ¿de qué está hablando?

—¿Lo ves, Susana? Ni siquiera sabe cuándo hablamos de él, de su réplica vudú o del capado de su exjefe. ¡Esta conversación empieza a marearme!

—¿Qué ocurrió durante la... ceremonia? —interrumpió estratégicamente Julieta.

—¿Qué ceremonia? ¡Ah, sí! Hubo una invocación y “ellos” aparecieron. ¡Yo me quedé de piedra!

—¿“Ellos”?

Las tres mujeres cruzaron miradas. Trapus estaba aterrizando en la parte oscura e irracional. Ivana decidió (de antemano) que no se creería la memez que el detective estaba a dispuesto a contar. Susana decidió que escucharía primero para valorarla;

luego se plantearía si creer o no. Julieta, por su parte, decidió que el detective iba a contar su verdad. No sería creíble, claro, pero sí interpretable. Los mecanismos de su compleja mente podrían verse sometidos a una complicada labor de descryptación, pero no sería la primera vez que se enfrentaba a testimonios en apariencia aberrantes aunque, a la larga, explicables racionalmente. Sin ir más lejos, Ivana juró haber visto a San Sebastián y a Cupido. La clave no consistía en decodificar el testimonio, sino el cerebro de quien lo aportaba.

—Los de la nave —respondió.

Los labios de Susana y Julieta, que, hasta ahora, habían estado lamiéndose las orejas, se achicaron explosivamente, a la vez que se extendieron en vertical.

—Mira, Trapus, tengo dos opciones. Cabrearme contigo y marcharme o tomarme esto como ellas —afirmó Ivana, señalando a Susana y a la niña—, o sea, como una comedia de humor disparatada. Como te tengo tanto aprecio, sobre todo por haberme salvado la vida, me descargaré de estrés y no te interrumpiré. Eso sí, tampoco te ofendas si vuelvo a carcajearme.

—Me honra usted con sus palabras. Hasta ahora no había sido tan explícita agradeciendo mi papel en su rescate. Pero, créame, si no llega a ser por la niña, ni la señora Mesa ni yo habríamos podido localizarla.

—Eso no es cierto, detective —corrigió Julieta—. Fueron Ana y Bruno, sus propios secuestradores, los que la rescataron.

—A ver si me estoy perdiendo algo —planteó Susana, perpleja—, ¿insinúa que vieron un platillo volante?

—Así es. Sam Giner estaba pronunciando unas extrañas palabras cuando un haz de luz lo cubrió desde las alturas. Nosotros...

—¿Habían estado bebiendo?

—No, pequeña. Yo no había tomado nada. Ni alcohol ni sustancias estupefacientes. Yo era policía, no lo olvides —afirmó, creyendo que su profesión reforzaba por sí misma su pureza frente al vicio y las adicciones.

—¿Qué ocurrió después?

—Durante muchos minutos..., quizá horas... No sé cuánto tiempo transcurrió, podrían ser décimas de segundo para mí y siglos para él. Nuestra percepción quedó atrofiada..., como bloqueada. Sam fue... abducido por ellos.

—¡Joder! —se le escapó a Ivana.

Trapus, incómodo, volvió a apurar de un trago el segundo whisky. A partir de ese momento, sus palabras empezaron a fluir vibrantes, arrastrando excesivamente las consonantes palatales por efecto del alcohol.

—¿Usted los vio, señor Girard?

—¿A qué se refiere, señorita?

—A “ellos”.

—Pues... no lo recuerdo. Mi memoria sufrió un... shock. Tal vez, con los años, he querido olvidar, porque una cosa así cuesta creerla. Es más cómodo negarla aunque la hayas vivido. Conservo la imagen de la luz celestial cubriendo a Sam Giner como si fuera una virgen apareciéndose. Después... él nos contó su experiencia.

—O sea que casi todo lo importante, lo sustancial, no pudo verificarlo. Lo sabe por el testimonio de Sam Giner.

—¿Por qué dices eso, Julieta? —preguntó Susana.

—Me da la impresión de que ahora viene la parte crucial, o sea, la que ha traído al señor Girard hasta aquí. Porque no creo que esté en tu casa para contarnos que vio un ovni hace más de treinta años.

—Es usted muy aguda, señorita Julieta. Así es. Lo que me preocupa es la maldición.

—¡Tócate los cojones! —logró arrancarle Ivana a sus revueltas e inconformistas entrañas.

—Continúe, detective —invitó Susana, mirando a su mujer de reojo.

—Según Sam Giner, durante la abducción, le revelaron que todos nosotros estábamos maldecidos y que la tablilla lo testificaría.

—Señor Girard, usted aún no ha introducido ninguna tablilla en el relato —afirmó Julieta, intentando ayudarlo con el desarrollo de la narración.

—Sam Giner la llevaba colgada de una cadena, como si fuera un amuleto. Tiene forma de estrella de tres puntas y... ¿Saben cómo es el anagrama de la Caixa? ¿Se dice... anagrama? El... símbolo; o... ¡Emblema! ¡Sí, eso es!

—¿De qué habla ahora?

—El detective habla de una... “tablilla”... con la misma forma que el logotipo de la Caixa. Una estrella de tres puntas, Susana.

—¿Sabéis qué? Resulta que el logotipo de la Caixa tiene cinco puntas —aportó Ivana.

—¿Está usted segura, señora Suárez?

—Sí, Marcelo. Lo que pasa es que tres de ellas son mucho más grandes que las otras dos. Es como una estrella de mar. Tu comparación no es válida.

—De acuerdo, lo acepto. Como decía, se trata de una pequeña pieza de madera con la palabra “MALDITOS”. Bueno, Sam no tenía esa palabra, pero *Lameculos* sí. Y al parecer Mauricio también.

—¡Ja! ¡Ja, ja! ¡Ja, ja,...! —La risa de Ivana mezclaba diversión, histeria y estupefacción ante la irrealidad más absurda y grotesca—. Veamos, Sam tenía una pieza de madera y una palabra. Sin embargo, *Lameculos* y un nuevo personaje que surge ahora, un tal Mauricio, no tenían la palabra. Aunque no aclara usted si tenían tablilla.

—Ivana, por favor...

—No, déjame. Supongo que... Sam tenía tablilla pero no tiene palabra, lo cual significa que es un charlatán, pero eso ya lo sabemos. *Lameculos* y su misterioso amigo tendrían palabra pero no tienen tablilla. ¿Es así? ¡Ja, ja, ja...!

—Señora Suárez... Creo que se está haciendo un auténtico lío.

—¡Ja, ja, ja...!

—No, Monsieur. Mi mujer le está tomando el pelo, pero no se lo tenga en cuenta. No pretende ofenderle, ¿verdad, Ivana?

—¡Ja, ja, ja...! No... ¡Sí!... ¡Ja, ja, ja! Si no le ofendo estaré asumiendo que es él quien nos ofende a nosotras.

—Por Dios.

Marcelo miraba a la exrapera sin explicarse qué era lo que le hacía tanta gracia. Sobre todo a ella, que había pasado (también) por una experiencia muy aterradora cuando la periodista y el reportero la tuvieron secuestrada, sometiénola a una innecesaria tortura psicológica. Luego miró a Susana y, ante una invitación gestual suya, continuó relatando la pesadilla de 1980.

—Como decía, en la tablilla de Sam no ponía nada, al menos nada que yo recuerde. Solo sé que la relacionamos con una maldición.

—Debería explicar quién es Mauricio. Supongo que era un miembro del equipo de investigación.

—¿Investigación, Julieta?

—¡Ivana, vale ya! —cortó su mujer con un grito.

—Sí, el profesor. Resulta que Mauricio y *Lameculos* han muerto en estos últimos días. Uno tras otro.

—Y usted... —interpretó Julieta para desatascarlo— cree que podría estar relacionado con una maldición.

—Así es.

—¡Joder!

—Me parece muy forzado, Marcelo —apuntó Susana—. Tú hablas de que han muerto “uno tras otro” como si se tratase de varias personas, pero solo son dos.

—En realidad tiene razón. Por eso he acudido a ustedes antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cree...? ¿Cree que nosotras tenemos poderes para deshacer un hechizo? —preguntó Ivana, cambiando el tono; ahora tocaba (otra vez) ironía—. ¿Vienes buscando un boquinazo mío o de Susana, como si fuéramos el príncipe desencantador del cuento?

—No, señora Suárez. Solo busco una interpretación de nuestra pequeña amiga común.

—O sea, quiere que Julieta le eche las cartas.

—A ver si lo he entendido, señor Girard. Como han muerto dos personas en los últimos días, ¿usted piensa que pueden seguir produciéndose más muertes? ¿Solo porque, en un breve espacio de tiempo, han fallecido dos personas que se conocían? No tiene ningún sentido.

—Dicho así tiene usted razón, señora Mesa, pero hay más cosas. ¡Las tablillas! Y la maldición, claro.

—¿Qué pasa con... eso?

—Tanto Rubén como Mauricio portaban tablillas iguales con una inscripción.

—La palabra “MALDITOS” —interpretó Julieta.

—Sí. La de Mauricio tenía una M mayúscula en el reverso, y la de Rubén una L.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—No lo sé. Para eso he venido.

—¡Joder! —resopló Ivana.

—¿Y la maldición? —insistió Susana.

—Ahí está el meollo, la razón por la que estoy verdaderamente acongojado. ¡No quiero morir tan joven!

—¿Tan... joven?

Julieta y Susana recriminaron a Ivana con una amenaza ocular. La niña observó al detective. Se le veía totalmente desengañado. Además, no era difícil interpretar que estaba ansioso por escupir “la cosa misteriosa” que lo atenazaba para que, así, ella pudiese consolarlo con un poco de sentido común.

—¿Qué le preocupa, Girard? ¿Qué dijo Sam Giner aquella noche?

—Que todos nosotros moriríamos antes de cumplir los sesenta años —sentenció.

—Pero... ¿usted no tiene aún sesenta años, Girard?

—No... Gracias por el piropo, señora Mesa. Eso... significa que me conservo bien, ¿verdad?

Julieta se tapó la boca para controlar la risa. El detective era un artista a la hora de interpretar todo al revés. *Debería dedicarse a los palíndromos.*

—Detective, ¿vio o no vio usted el ovni?

—Creo que sí. Recuerdo haber afirmado que lo vi... Hace años... Claro que sí, seguro. Pero casi no me acuerdo de los detalles. Rubén, sin embargo, sí recordaba cosas concretas. Con el paso de los años me refrescó la memoria y me vinieron imágenes.

Él decía que era como una bola de metal... Más que una bola, como un objeto circular pero plano. El típico platillo volante de los años setenta.

—O sea que lo vieron —insistió Julieta.

—Sí, no me cabe duda.

—Mire, señor Girard, cuando vuelva de viaje tendrá que enseñarme alguna foto, si es que la encuentra. Además, con esa foto usted podrá recordar quiénes formaban el grupo. Tiene que tratar de localizarlos e intercambiar impresiones.

—¿De viaje, señorita? ¿Se va usted de viaje?

—Pero Julieta —protestó Ivana—, ¿te vas a tomar esto en serio?

—Solo digo que debemos tranquilizarlo, Ivana. Recuerda que él ha hecho cosas por ti.

—Eso es un puto chantaje emocional.

—¿Se va de viaje? —insistió Girard, cada vez más nervioso—. ¿Cuánto tiempo? ¿A dónde?

—Al concurso de palíndromos —le recordó Susana.

—¡Ah! ¡Es verdad! ¡Irás Ulises?

—Sí.

—¿Cuándo se van?

—Mañana, Girard.

—¡No pueden dejarme solo! ¡El tiempo podría estar corriendo contra mí! ¿Qué voy a hacer mientras tanto?

—Buscar esa fotografía y esperar. ¿Cuánto le queda para cumplir los sesenta?

—Un par de años. ¡Pero a *Lameculos* le faltaban cuatro!

—Escuche, señor Girard. Por si le sirve de tranquilidad, estoy convencida de que se trata de una casualidad. Usted confía en mí, ¿verdad?

—Sí, señorita. Tal vez tenga razón.

—Es la teoría de la probabilidad, estas cosas ocurren. Solo son dos muertes. Claro que... si los asesinaron... o murieron en circunstancias similares, la cosa podría cambiar.

—No es el caso. Al profesor lo asesinaron en Adeje. Fue un alumno despedido, creo. Un musulmán.

—¿Habla del profesor que murió en la matanza de hace unos días? —preguntó Susana.

—Sí. *Lameculos* ha muerto de cáncer.

—¿Lo ve? Son dos hechos sin ninguna conexión —dedujo Julieta, tratando de tranquilizarlo.

—Pero olvidas que todos ellos están maldecidos y sometidos a fuerzas extraterrestres —incordió Ivana.

—Solo hay un detalle que me preocupa. Bueno, no me preocupa, pero no encaja.

—¿De qué se trata, damisela?

—De esas tablillas con la palabra “MALDITOS”. Es un poco raro que tuviese una cada uno.

—Según Nara, quizá una de las viudas se las puso a los cadáveres. Pero yo le he dicho que *Lameculos* la llevaba cuando estaba vivo. O, por lo menos, alguien la colocó en uno de sus bolsillos.

—¿Has dicho Nara? ¿Has estado hablando de esto con mi tío?

—Pues... No le he contado gran cosa. Espero que vosotras tampoco lo hagáis. Lo que ocurre es que fue él quien investigó los crímenes de Adeje. Su tío vio la tablilla de Mauricio y yo la de *Lameculos*.

—Hagamos una cosa, Marcelo. Como Julieta y yo nos vamos mañana, tú le enseñas la foto del grupo a Ivana, si es que la encuentras, e intentas localizar a sus miembros. Ella podría ayudarte o... acompañarte, ¿verdad, cariño?

—Si quiere, escanee esa foto y me la envía por correo —añadió Julieta—. Y si puede la adorna con unas líneas explicativas sobre quién es cada personaje. Así iremos adelantando trabajo.

—¡Me parece estupendo! —expresó Trapus, complacido—. Se me estaba ocurriendo algo. No sé si les parecerá bien, pero quiero asegurarme de que puedo contar con ustedes incondicionalmente.

—Dispare.

—Me gustaría contratarlas.

—¿Contratarnos?

—Sí. A la pequeña no, por supuesto. La esclavitud infantil no está permitida en nuestro país.

—¿Esclavitud? ¿Qué dices, Marcelo? Precisamente es esclavitud lo que tú propones, pues quieres que Julieta te ayude a cambio de remuneración cero. Lo que está prohibido son los contratos. En cuanto a la esclavitud, se da por hecho que nadie, salvo tú, la aprueba —acribilló Ivana—. ¿Qué nos ofrece a Susana y a mí? ¿Un buen polvo a cada una si le ayudamos?

Por primera vez, Trapus logró controlar el enrojecimiento de su rostro ante una provocación tan típica de Ivana. La conocía lo suficiente, la calva ya no le turbaba tanto su sentido del pudor.

—Hablo en serio. Quiero que ustedes dos trabajen para mí. La niña nos ayudaría voluntariamente, aunque la invitaré a merendar cada vez que lo desee. Así no cometeríamos ninguna irregularidad.

—¿Cómo piensa pagarnos? —insistió (esta vez) Susana—. No creo que usted... Me refiero a que lleva poco tiempo como detective y no le he visto mucha clientela. Acaba usted de salir del caso del secuestro de Ivana y... nosotras tendríamos que haberle remunerado. ¡No sé cómo no lo hemos hecho! A veces las confianzas y la amistad no te dejan pensar con claridad.

—¿Hablas en serio, cariño? ¿Estás pensándote lo de trabajar para él?

—Yo... no, Ivana. Pensaba en que Girard debería centrarse más en su oficio de detective privado y dejar de resolver casos que no le reportan ningún beneficio económico. Lo haremos gratis, Monsieur. Considérelo como pago por lo que ha hecho por nosotras.

—Insisto, quiero pagarles.

—¿Con qué? —volvió a preguntar Ivana sin sutilezas.

—¿Me mantendrán el secreto?

Las tres afirmaron con la cabeza, expectantes.

—Estoy en nómina.

—¿Eso qué significa, señor Girard?

—Pues que tengo un contrato, pequeña. ¡Soy el nuevo detective privado de ULEJSA!

—¿Trabajas para Ulises Ejido? ¿Desde cuándo?

—Desde hace unas semanas. Justo después del programa “La rana en la pecera” en el que esta señorita asombró al mundo.

—¡Vaya! Eso... no me lo esperaba —reconoció Susana—. ¿En qué consiste su trabajo?

—Básicamente hago de espía. Hasta ahora.

—¿Espía?

Trapus se dio cuenta de que, con una frase muy corta, había hablado más de la cuenta. Su labor para Ulises rozaba los límites de lo normal, de manera que no era adecuado seguir dando detalles.

—Insisto, quiero contratarlas.

Ivana se levantó y giró tres vueltas alrededor de la mesa, pensativa. Luego le hizo su propuesta al detective.

—De acuerdo, Marcelo, haremos lo siguiente. Firmaremos un contrato en régimen de esclavitud. Susana y yo trabajaremos para ti gratis.

—¿Gratis? ¿Con contrato?

—Sí; nosotras no necesitamos trabajar, tenemos dinero, pero un contrato así, siendo tus esclavas, me parece algo morboso y entretenido. Puede estar bien para la libido, Marcelo.

Esta vez, Marcelo Girard no pudo evitar el sonrojo. La capacidad de sorprender de la exrapera siempre crecía y crecía.

—El contrato tiene que recoger que, como trabajamos gratis, eso significa libertad de horarios y de decisión.

Trapus les tendió la mano y selló, con un innecesario apretón, el acuerdo de colaboración.

—Gracias por aceptar ser mis secretarias. Tenemos mucha tarea por delante.

—¿Secretarias? ¿Será hijo de puta?

PALÍNDROMO:

La tarea era tal